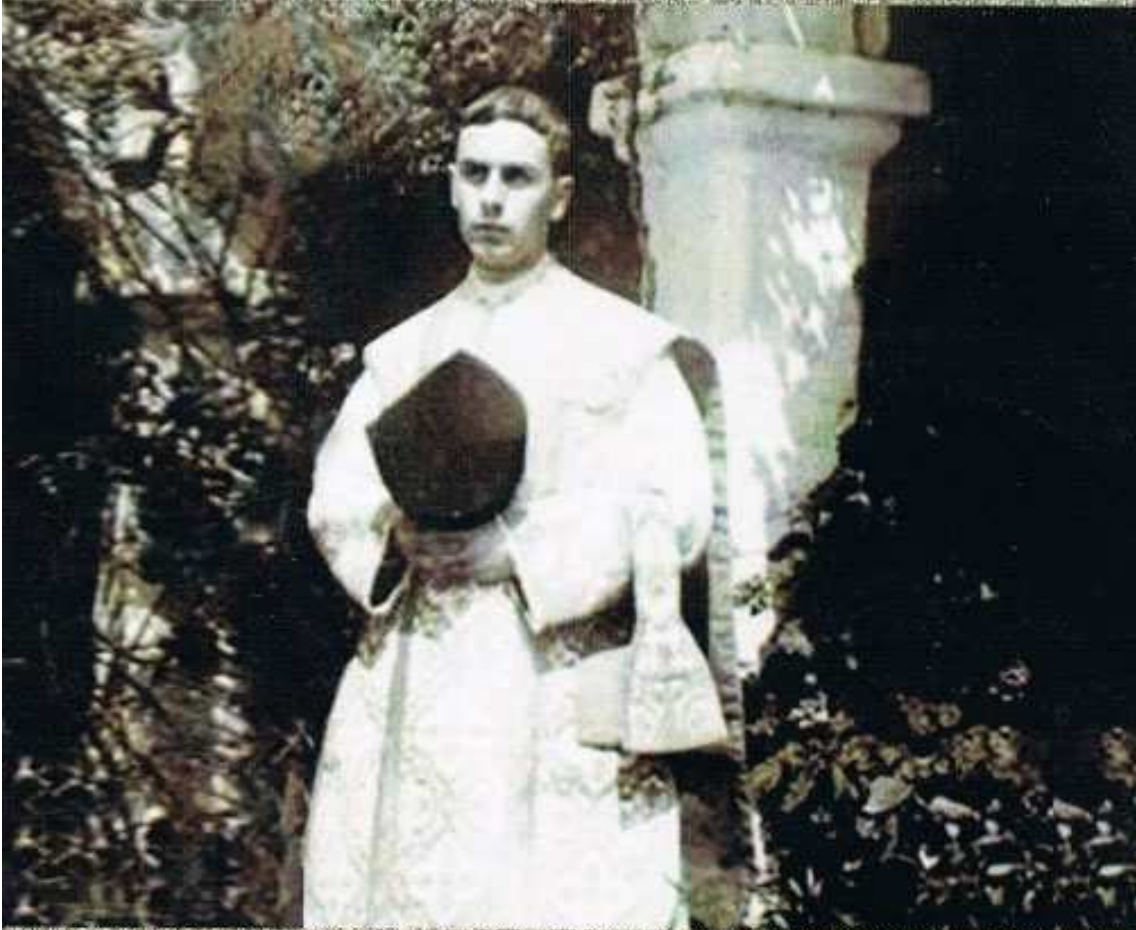


**GUILLERMO PONS PONS**



***Juan Huguet Cardona***

***Sacerdote de Menorca,  
mártir a los 23 años de edad***

Guillermo Pons

**JUAN HUGUET CARDONA**

**Sacerdote de Menorca, mártir a los 23 años de edad**

## Presentación

Un rasgo esencial que caracteriza a los cristianos es la manifestación pública de la fe y la confianza absoluta en el Señor que lleva en sus brazos la vida de cada uno y conduce la historia de la humanidad. Él mismo nos regala la vida, la familia, la Iglesia y todo aquello que configura nuestra urdimbre vital. También nos acompaña a lo largo de nuestra existencia y nos sitúa a cada uno en un lugar determinado y con unas personas concretas que colaboran a desarrollar nuestros propios sentires, saberes y querer, en expresión del gran médico humanista Pedro Laín. Por supuesto todo es gracia de Dios que solicita el asentimiento y la aceptación del ser humano puesto que se muestra siempre exquisitamente respetuoso con la libertad de las criaturas.

En este sentido es para mí una gracia que el Señor me permita estar al frente de esta diócesis en el momento en que la Iglesia anuncia, dentro de la celebración del AÑO DE LA FE convocado por el papa Benedicto XVI, la próxima beatificación del sacerdote Juan Huguet Cardona, miembro de este presbiterio y que fue mártir en la persecución religiosa de los años treinta cuando sólo contaba con 23 años de edad y 47 días de ordenación sacerdotal. Conocer la personalidad del futuro beato, sus sentimientos, su profunda religiosidad, sus ardientes deseos de apostolado, su unción y celo sacerdotales han supuesto para mí una gran lección de respuesta sacerdotal a la radical circunstancia a la que él se enfrentó. Su actitud me ha edificado en mi actividad pastoral y estoy seguro, doy gracias a Dios por ello, que su vida ha enriquecido a nuestra diócesis y puedo proponerlo como modelo a todos aquellos que ejercemos el ministerio. También recomiendo a todo el pueblo de Dios que siga su ejemplo por sus virtudes cristianas y, sobre todo, por la capacidad de perdón y misericordia que imprimió a su alrededor con su muerte violenta.

Tras mi vinculación a la diócesis de Valencia, estoy unido a Menorca desde el año 2009. Desde el principio, durante los primeros meses de mi llegada, ya me hablaban del mártir Huguet. He conocido a su familia que le profesa un gran cariño y una profunda veneración; cuantas veces he asistido a distintas celebraciones en su pueblo natal, Alaior, o en su Ferreries de adopción, sus paisanos lo han recordado y se han interesado vivamente por el futuro de la causa de beatificación. Por mi parte he procurado leer todo lo que se ha escrito sobre su persona y, desde entonces, he rezado mucho para que tuviera el proceso un final feliz; me he adelantado pidiendo al Señor que este joven sacerdote nos acercara a todos sus compañeros, actuales y futuros, a una más auténtica entrega al ministerio. Es ahora, 74 años después de su martirio ¿demasiado tarde, Señor?, cuando he tenido noticia de la vida de este joven sacerdote y de su muerte heroica y ha sido para mí un constante estímulo en la absoluta confianza en Dios y en la dedicación con fidelidad y amor al pastoreo del pueblo que se me ha confiado.

Todos conocéis el significado de la palabra mártir. Se dice de aquel que profesa la fe y, con la fuerza del Espíritu Santo, no quiere renunciar a ella aún cuando le suponga la muerte violenta. Para el mártir el final de la vida mortal no supone la derrota sino, unido al martirio de Jesucristo en el Calvario, manifiesta con claridad la victoria sobre el pecado y la muerte. Mira a la resurrección definitiva.

Los mártires “vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte” (Ap. 12, 11). Ellos han dado gloria a Dios con su vida y con su muerte y se convierten para todos nosotros en signos de amor, de perdón y de paz.

Escribía Juan Pablo II “quiero proponer a todos, para que nunca se olvide, el gran signo de esperanza constituido por los numerosos testigos de la fe cristiana que ha habido en el último siglo... ellos muestran la vitalidad de la Iglesia; son para ella y para la humanidad como una luz, porque han hecho resplandecer en las tinieblas la luz de Cristo... demuestran que el martirio es la encarnación suprema del evangelio de la esperanza” (Ecclesia in Europa, 13).

Es una inmensa alegría constatar que todas estas afirmaciones pueden ser aplicadas al joven sacerdote Huguet. Y para que pueda ayudar a que sea más y mejor conocido se han escrito estas páginas que tenéis en vuestras manos. Su lectura os conmoverá y os edificará como cristianos que construís, día tras día, con dificultades y tropiezos pero también con gozos y múltiples gracias, vuestro propio templo del Espíritu Santo.

El texto es un pequeño compendio de sabiduría cristiana que provocará en muchos lectores la alabanza a Dios, el agradecimiento por la vida y las obras de muchos de sus hijos y la admiración hacia el padre Huguet. Contiene todos los elementos biográficos para situar su entorno familiar y social, describe sus preocupaciones, sus virtudes y su dinamismo espiritual acentuando sus grandes querencias: la Virgen María, San José, la fidelidad, la llamada del Señor y su lucha por el Reino de Cristo. Todo ello cultivado en profundas meditaciones sobre la Pasión del Señor.

El autor, el Dr. Guillermo Pons, es muy conocido por todos los menorquines porque su ministerio se ha desarrollado durante muchos años en las parroquias de la diócesis. Es conocido y admirado también por sus abundantes escritos de historia, de patrología, de espiritualidad; ha sabido llegar al corazón de muchos lectores de todo el mundo. Continuamente se editan o reproducen textos que ayudan en el itinerario espiritual de muchos cristianos. Ahora nos ofrece este pequeño libro escrito con cariño, con pasión y con profundidad. No es la primera vez que aborda la figura del padre Huguet. Seguramente es el que mejor conoce las circunstancias vitales del mártir. Sin considerar totalmente definitivas estas páginas, todo es susceptible de perfección, el autor continuará investigando y, con él, otros muchos historiadores que querrán saber todo lo que sucedió en la vida y en la muerte del mártir y proponer su trayectoria como un perfecto itinerario hacia el encuentro con Jesucristo.

Contáis con un texto lleno de una profunda espiritualidad sacerdotal, elaborado con un inmenso cariño hacia el padre Huguet y hacia todos los que formamos la diócesis de Menorca. En nombre de todos agradezco vivamente D. Guillermo la dedicación de tantos años al servicio de las causas de los mártires. Otros muchos dieron su vida también por Jesucristo aquí en Menorca en aquel período convulso. Quiera el Señor que en un día venidero podamos contemplar la gloria de Dios en la glorificación de tales mártires.

Ciudadella de Menorca, 18 de noviembre de 2012  
+ Salvador Giménez Valls. Obispo de Menorca

## **JUAN HUGUET CARDONA, MÁRTIR**

El conocimiento que en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos se ha obtenido acerca del mártir menorquín Juan Huguet, ha puesto de relieve la insigne ejemplaridad y de este sacerdote que a los veintitrés años de edad y a las pocas semanas después de su ordenación dio su vida por Cristo en unas circunstancias muy singulares por lo diáfano de su testimonio, así como por la preparación espiritual al martirio que constituyó todo el curso de su vida, breve en cuanto al tiempo pero colmada de una muy sincera piedad y de una generosa donación al Señor a favor de la Iglesia.

Tanto es así que el Prefecto de dicha Congregación, el cardenal Ángel Amato el 3 de mayo de 2012 en un encuentro con los obispos y muchos sacerdotes de Aragón en la Basílica de Ntra. Sra. del Pilar, habló del caso del mártir menorquín y se expresó así: «El pasado 17 de abril en la sesión ordinaria de cardenales, arzobispos y obispos de la Congregación de las Causas de los Santos, hubo un momento de intensa emoción. Se trataba del martirio de Juan Huguet, un joven sacerdote de la diócesis de Menorca, ordenado el 6 de junio de 1936 y asesinado al cabo de un mes y medio». Después de relatar el hecho y la fortaleza de Juan manifestada en las circunstancias de su martirio, el Cardenal continuó diciendo: «A este respecto yo mismo pedí una explicación al relator de la causa [...] sobre esta extraordinaria disposición al martirio del sacerdote Juan Huguet. La respuesta fue: En aquel tiempo de violencia y propaganda anticatólica, en los seminarios había una auténtica pedagogía martirial que preparaba a los seminaristas a la eventualidad concreta del ofrecimiento total de la vida por Jesucristo y por su Iglesia».

Las presentes noticias biográficas sobre el mártir Juan Huguet Cardona tienen la finalidad de dar a conocer la figura amable y ejemplar de este glorioso ministro de Cristo al mayor número posible de personas a quienes indudablemente los ejemplos del joven ministro del Señor les llenarán de gozo espiritual y de agradecimiento por su generosa entrega en favor de la Iglesia y de la nueva evangelización.

### **La Iglesia de Menorca a principios del siglo XX.**

La diócesis de Menorca era a comienzos del siglo XX una de las más pequeñas de España. Su población no pasaba mucho de cuarenta mil habitantes que en buena parte se dedicaban a la agricultura, aunque se había ya empezado a desarrollar alguna industria, especialmente en el ramo del calzado. La navegación y la construcción de buques, que en otros tiempos habían tenido notable importancia, se habían reducido mucho. La falta de trabajo y la precariedad de los réditos habían dado lugar a unas corrientes de emigración hacia el Sur de América y también con destino al norte de África, donde muchos menorquines acudieron a establecerse en Argelia, bajo el amparo de la colonización francesa.

La población menorquina se había conservado fiel a la Iglesia Católica durante las dominaciones británicas que se habían producido en la isla durante buena parte del siglo XVIII; pero en el siglo siguiente se habían efectuado ya deserciones de católicos por causa de la propaganda protestante, así como también se manifestaron signos de descristianización por efecto de ideologías materialistas vinculadas con problemas sociales. La población rural por lo general se mantenía fiel a la Iglesia, así como también en las ciudades la mayoría continuaba en lo fundamental adherida a la fe cristiana, y sobre todo las mujeres transmitían en el seno de las familias las convicciones religiosas y unos hábitos de culto y de piedad, aunque se iba debilitando la práctica religiosa habitual en cuanto a la asistencia a la celebración de la Eucaristía dominical.

Coincidiendo con la restauración monárquica de las últimas décadas del siglo XIX los obispos y el clero se había esforzado notablemente el promover una mayor fidelidad del pueblo mediante la institución de asociaciones de piedad y el incremento de la enseñanza en colegios de religiosas para las niñas y con el establecimiento de congregaciones religiosas de Salesianos y Hermanos de La Salle, que dieron lugar activas agrupaciones juveniles. También se dio un notable incremento de la predicación, de tal manera que el florecimiento de la piedad en ciertos sectores de la población, con asociaciones piadosas muy arraigadas como el Apostolado de la Oración, las Hijas de María y la Adoración Nocturna.

Todo ello hacía concebir buenas esperanzas. Pero hubo sectores que permanecieron muy alejados de la Iglesia y sobre todo los problemas sociales durante el siglo XX y las orientaciones de la política a nivel nacional deterioraron bastante la renovación emprendida. Quedaba, sin embargo, la confianza que se hacía sentir gracias a que un importante sector de católicos se manifestaba activo y fiel a la Iglesia.

Durante la Cuaresma de 1936 vino a predicar en Mahón el jesuita P. Ignacio Corrons. Lo hizo con un estilo muy personal, con un lenguaje capaz de suscitar interés y con una visión certera sobre la inquieta y comprometida situación de la sociedad española. Fue escuchado con interés incluso por personas alejadas de la iglesia. En una conferencia pronunciada en un teatro público hablaba así: «Donde hay caridad, hay convivencia y fraternidad nacional [...] Si todos cumplís con vuestro deber, no pasará nada. Si por desgracia viene la hecatombe, lo único que quedará en pie será la Iglesia de Cristo, maltratada, arrinconada, abiertos sus brazos. La doctrina salvadora, la única Iglesia Católica, acógenos, y el mundo será una sociedad, una familia donde todos nos miraremos como hermanos, esperando nuestros eternos destinos» (*El Bien Público*, 20-4-1936).

Los desgraciados acontecimientos que el jesuita preveía que podrían acontecer, se precipitaron sobre la nación española de una forma avasalladora y sin dar lugar a ninguna forma de entendimiento y pacificación de los espíritus, continuando la violenta persecución religiosa que desde unos años antes se había iniciado. En Menorca serían cuarenta los sacerdotes diocesanos inmolados por razón de su fe y de su condición sacerdotal. También junto a ellos sufrieron la muerte otras personas entre las cuales muchos eran de hondas convicciones cristianas. El protomártir que con su ejemplo, sin duda, contribuyó al heroico testimonio de los demás fue el más joven de todos los presbíteros, Juan Huguet, que hacía menos de dos meses que había sido ordenado. Benedicto XVI el 10 de mayo, fiesta de san Juan de Ávila, del año 2012 firmó el decreto de su martirio, con lo cual se abrió el camino a una próxima beatificación que, junto con la de otros mártires españoles, se prevé como acto conclusivo del «Año de la Fe».

## **Familia e infancia de Juan Huguet**

En una finca rústica del término de Alaior, denominada «Son Sanxo», el 28 de enero de 1913, vino al mundo este futuro sacerdote y mártir. Este predio de secano y destinado principalmente a la producción de trigo, junto con alguna actividad ganadera, era cultivada en régimen de aparcería por el abuelo materno de Juan Huguet, llamado Juan Cardona Jordi, junto con sus hijos varones. Éste había enviudado y no habiendo ninguna mujer en la finca, se decidió que Francisco Huguet Villalonga y su esposa Eulalia Cardona Triay, convivieran en el predio con el padre y los hermanos de ella a fin de que Eulalia pudiera atender a las labores de la casa. Se trataba de una familia de hondas raíces cristianas, y de semejantes características era la familia del esposo Francisco, oriundo de la finca llamada «Sant Jaume» del mismo término municipal y parroquia de Alaior.

El nacimiento de Juan, el primer hijo del matrimonio, se produjo de un modo rápido y feliz, de tal modo que habiendo ido el padre a un predio cercano en busca de una mujer que atendiera a la parturienta, al llegar ellos dos al patio de la casa escucharon ya los lloros del recién nacido. «Todo en la vida de Juan fueron acontecimientos caracterizados por la rapidez» solía decir Eulalia, haciendo referencia especialmente a su gloriosa muerte.

A los pocos días, el viernes 1 de febrero, fue bautizado en la parroquia de Santa Eulalia de Alaior. Le administro el sacramento de la regeneración en Cristo el párroco don Jaime Garriga Pons. Se le impusieron los nombres de Juan, Francisco y Jaime, siendo sus padrinos el abuelo materno y Margarita Huguet Villalonga. La diligencia con la que se realizó el bautismo, teniendo en cuenta la distancia de unas dos horas de la población y la época invernal, es ya un signo de la religiosidad de la familia. Lo corriente en muchas familias era hacer coincidir el bautismo con un domingo a fin de poder reunir más fácilmente a familiares y amigos. En este caso se trató de acomodarse a la norma que de más antiguo había sido muy general en la isla, cual era la de bautizar a los niños el mismo día del nacimiento o el día siguiente si así lo aconsejaba la hora del alumbramiento.

Juan desde que dio los primeros pasos empezó a moverse por los terrenos de la finca. Él era el centro de atención de sus familiares. Sus tíos gustaban de llevárselo consigo cuando acudían al lugar de sus tareas. Mientras trabajaban solían colocarlo a la sombra de algún olivo o acebuche, cubriéndolo con sus blusas cuando el tiempo era un tanto fresco. Años después recordaban ellos que en esas ocasiones el niño parecía estar absorto mirando hacia el azul del cielo o siguiendo con la vista el veloz desplazarse de las nubes en los días de viento.

Juan, según era costumbre por entonces, recibió el sacramento de la confirmación cuando sólo tenía tres años. Era, en efecto, práctica corriente en España que los niños fueran llevados a recibir este sacramento en la primera ocasión que se presentase de visitar el obispo las poblaciones de su diócesis. Fue el domingo día 20 de agosto de 1916, día en que el obispo don Juan Torres administro este sacramento a muchos niños y niñas, entre los que Juan Huguet figura como el número 48 en la lista. Fue padrino de todos los varones el entonces alcalde de la villa don Tomás de Salort.

Desde muy pequeño, Juan dio muestras de piedad y de interés por las cosas de la Iglesia. Sus hermanos cuentan haber escuchado de boca de sus padres que residiendo aún en la finca, cuando tenía unos cuatro años gustaba de jugar en el pórtico de la casa imitando las ceremonias de la celebración de la misa, y que con frecuencia decía que un día él llegaría a ser sacerdote. Sus familiares han considerado con el paso del tiempo

que estas manifestación en tan tierna edad eran un indicio de que el Señor dirigía los pasos del niño Juan hacia una meta vocacional y hacia un porvenir colmado de dones divinos, que nadie podía vislumbrar naturalmente. Otra manifestación suya infantil y a la vez sugestiva, era que cuando acompañado de los suyos pasaba por delante de alguna iglesia, siempre deseaba entrar a rezar, y si no era posible en aquel momento se afligía y lloraba.

Cuando Juan contaba unos cuatro años falleció su abuelo materno. Él no conoció a ningún otro abuelo o abuela, pues todos habían ya fallecido con anterioridad. Entonces se hizo cargo de la finca su tío Jaime. Francisco y Eulalia con su hijo Juan pasaron a residir en la población de Alaior y el padre empezó a ocuparse en el comercio especialmente de productos del campo. En esta villa nacieron los demás hijos de la familia: Francisco en 1918, Vicente en 1921 y María en 1926. Este cambio de ambiente resultó muy favorable para el pequeño Juan que desde 1917 comenzó a frecuentar el Colegio de san José, de los Hermanos de la Salle, establecidos en Alaior desde 1908. Con ellos Juan Huguet siempre permanecería muy vinculado y se mostraría muy agradecido por la formación recibida.

Todos los colegiales de entonces en esta casa de educación católica recordaban que Juan era un niño amable, discreto, juicioso e ilusionado en sus quehaceres, pero que no le gustaban los juegos violentos o imitar acciones de guerra con reproducciones de armas o figuritas de soldados, como era frecuente.

Compañero suyo fue Lorenzo Montañés, que llegó a ser veterinario y que siempre mantuvo amistad con Juan Huguet. Lorenzo era sobrino de un sacerdote que por entonces cuidaba como capellán de la iglesia de San Diego en Alaior. Ambos jugaban juntos y con otros niños servían como monaguillos en dicho templo que había sido antiguamente iglesia conventual de franciscanos. Decía Lorenzo que Juan era como el líder en ese grupo de acólitos y que muchas veces sus juegos consistían en imitar las ceremonias religiosas, para lo cual fabricaban a su modo objetos que remedaban cálices y otras cosas de la iglesia. Esta clase de juegos era por entonces cosa normal entre los niños que frecuentaban las iglesias. Juan a veces también actuaba como monaguillo en la iglesia parroquial y sobre todo en la capilla de las Hermanas Carmelitas que también atendían al hospital y asilo existente junto a esa pequeña iglesia titulada de Ntra. Sra. de Gracia.

Juan en el colegio de los Hermanos de La Salle aprovechó muy bien en los estudios y recibió una buena educación que hizo de él un muchacho respetuoso e interesado en los valores de la vida espiritual y piadosa. El Colegio estaba constantemente abierto a los alumnos que fuera del horario de clases e incluso los domingos y días festivos acudían allí a entretenerse agradablemente, viniendo a ser como un segundo hogar para todos. Otro compañero, don Juan Reurer Orfila, afirmaba recordar muy bien la simpatía que irradiaba su figura y la amable sonrisa que le distinguía, además de que con él se reunían especialmente algunos niños que aspiraban a ingresar en el Seminario.

A los nueve años de edad, en 1922, recibió Juan la primera comunión. Fue para él un día de gran gozo espiritual, que debía tener muy grabado en su memoria cuando, en un trabajo que escribió en el Seminario afirmaba que el párroco ha de poner especial empeño en preparar muy bien a quienes han de comulgar por primera vez, ya que «cuál será la primera, tal será la última» de las comuniones recibidas, intuición que en él se cumpliría de un modo muy singular.

Para esta ocasión quiso Juan escoger como recuerdos para distribuir entre familiares y amigos, unas estampas en las que apareciera la figura del sacerdote, pues perseveraba siempre en su aspiración a ser ministro del Señor. El texto impreso en los



recordatorios dice así: «Recuerdo de la primera comunión del niño Juanito Huguet Cardona, alumno del Colegio de San José, celebrado en la parroquia de Santa Eulalia de Alaior el 23 de abril de 1922». Era el Domingo «in albis», octava de Pascua que en Menorca se conoce popularmente como «Diumenge de l'Àngel», en memoria de una antigua fiesta dedicada al Ángel Custodio del Reino de Mallorca. Años después, en sus apuntes de Ejercicios espirituales escribiría esta súplica: «Señor, que al igual que los ángeles, mi alma remonte su vuelo hacia Vos y no se entretenga en cosas bajas y terrenas». Él supo desprenderse de muchas cosas, valorando como su mayor tesoro la vestidura de la gracia bautismal que se recordaba especialmente es ese domingo de la octava pascual en la que recibió su primera comunión.

Desde pequeño Juan formó parte de los «tarsicios», asociación eucarística de los aspirantes de la «Adoración Nocturna», que veneraba como protector al joven mártir de la Eucaristía san Tarsicio. Esta asociación estaba muy floreciente en Alaior y tenía su sede en el Colegio de los Hermanos de La Salle, que venía a ser como el centro de muchas actividades parroquiales.

Juan conservó siempre como un muy apreciado recuerdo el catecismo del P. Claret, que había estudiado al prepararse para su primera comunión y en las clases del colegio. En el forro colocó un dibujo que reproducía la simbólica estrella de La Salle con la significativa inscripción *Signum fidei*, la señal de la fe que él mantuvo siempre viva y luminosa, que le guió hasta la entrega de su vida.

Su íntimo amigo y compañero de Seminario Gabriel Pons, sacerdote ya fallecido, resumía el paso de Juan por el colegio de La Salle de Alaior con estas palabras: «Su alma candorosa, su ejemplar conducta, la inocente sonrisa que florecía de continuo en sus labios, captaron al momento las simpatías de cuantos le conocieron y trataron».

## En el Seminario

El 1 de octubre de 1924 ingresó Juan en el Seminario de Menorca, situado en Ciutadella, lugar de la sede episcopal de Menorca. Tenía él once años de edad. La población estaba situada a unos treinta kilómetros de la villa de Alaior. La vida ordenada y metódica que se llevaba en el pequeño seminario favoreció el armónico desarrollo de la personalidad del muchacho, e cual ingresaba a esa institución ya con unos bien marcados sentimientos de piedad y con un ferviente deseo de llegar al sacerdocio. anhelo que no decreció nunca en su espíritu.

Cuentan sus hermanos que Juan de niño era un tanto miedoso y no quería dormir solo en una habitación. El primer día que estuvo en el Seminario, su padre se quedó por la noche en casa de un conocido suyo pensando que si el niño no había logrado dormir le llamarían por la mañana para que se lo llevara de regreso a casa. No sucedió nada de eso; Juan durmió toda la noche tranquilamente y perdió para siempre el miedo a la soledad. Algunas cartas que se han conservado dirigidas a su familia ponen de manifiesto cómo iba madurando su carácter y cómo disfrutaba con sus compañeros, y al mismo tiempo mostraba un gran cariño a sus padres y hermanos. Hablaba a veces en esas cartas de los paseos junto a la costa del mar y de su participación en algunas solemnidades de la Catedral. En febrero de 1926, cuando acababa de cumplir los trece años de edad felicita a su madre por la próxima fiesta de Santa Eulalia y dice que envía unos caramelos para sus pequeños hermanos y un cirio que le habían dado en la fiesta de la Purificación, que él llama de «Nuestra Señora del Candelabro», traduciendo a su manera el nombre de «La Candelera» que en menorquín se da a esta festividad. No era

en modo alguno un niño mimado y caprichoso, sino un muchacho simpático y bondadoso que disfrutaba haciendo felices a los suyos.

Para con su hermana pequeña María, de la cual fue padrino de bautismo, sentía Juan un singular cariño. Ella a los tres años de edad estuvo enferma y Juan se sintió muy preocupado e hizo a favor de la pequeña unos ofrecimientos o promesas que puso por escrito de este modo: «Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío. Santa Teresita, Vos que prometisteis hacer caer una lluvia de rosas sobre al tierra, haced caer una de estas rosas deshojadas, y concededme la gracia que os pido, y es: Curéis cuanto más pronto mejor a María Teresita Antonia Huguet Cardona...».

Sus hermanos recuerdan que un día le vieron llorar en casa. Se trataba de que el rector del Seminario advirtió a los seminaristas de que, habiendo cesado las ayudas que provenían de la dotación que la Iglesia recibía del Estado, era necesario que todos los alumnos internos pagaran su mantenimiento, cosa que él sabía que no estaba en las posibilidades de su familia. La dificultad pudo solucionarse gracias a la ayuda de unos bienhechores, a quienes debió ser recomendado por los superiores del Seminario, los cuales siempre hablaban muy bien a la familia acerca del comportamiento de Juan y de su aprovechamiento en los estudios gracias a su inteligencia despierta y a su constante laboriosidad.

En las vacaciones su permanencia en casa alegraba a todos, pues él se esforzaba en entretener a sus hermanos, contándoles cuentos y anécdotas graciosas que había oído en el Seminario y también se entretenía haciendo dibujos o cuidando el jardín de su domicilio, además de acudir a las celebraciones y actos de piedad que se realizaban en la iglesia, así como también frecuentaba los locales de reunión de niños y jóvenes en el colegio de los Hermanos de La Salle. Con los otros seminaristas de Alaior iba a veces al predio de un sacerdote de la localidad. Allí disfrutaban montando en burro o paseando por los campos e interesándose en las labores agrícolas tradicionales.

Los años de la adolescencia que a veces constituyen un tiempo de crisis para el desarrollo de la personalidad y en la asimilación de los ideales vislumbrados desde la niñez, parece que no supusieron quebranto alguno de importancia para Juan Huguet. Entre sus apuntes hallamos estas palabras: «Juventud es movimiento, el ideal es la fuerza motriz» y también la constatación de que el amor a Jesús es la gran fuerza que sostuvo la fidelidad de los mártires. Tales afirmaciones tendrán en toda su vida y en su heroica muerte una espléndida confirmación.

Como recordaba uno de sus compañeros del Seminario, el canónigo don Pedro Salord, la habitación de Juan eran muy sencilla: su cama consistía en un pobre colchón colocado sobre unas tablas sostenidas por banquetas. En el Seminario no había mobiliario para los cuartos de los alumnos, de modo que cada cual debía instalarse con los enseres que traía de su casa. La habitación de Huguet, sin embargo, se distinguía por el buen orden y la limpieza.

Juan supo aprovechar muy bien los medios de formación que se le ofrecían en el Seminario. En el nivel de los estudios y de la formación de los alumnos se conoció un notable incremento con la llegada del obispo coadjutor don Antonio Cardona, natural de Ibiza, que fue destinado como tal a Menorca en 1928 y al que se nombró rector del Seminario. Juan, junto con otro seminarista fue designado para atender al cuidado de las habitaciones de este prelado.

Todos los que fueron compañeros de Huguet en el Seminario le recordaban con cariño y emoción y lo calificaban como modelo de virtudes y como un amigo leal, amable y bondadoso, sabiendo combinar muy bien la responsabilidad que le confiaban sus superiores con la comprensión respecto de sus discípulos.

Uno de ellos, aunque no coincidió con él en las clases, manifiesta el concepto favorable que tenían acerca de él todos los seminaristas y se expresa así: «Siempre oí decir que era un buen estudiante, atento en las clases a las explicaciones del profesor, buen preparador de los temas y de las lecciones. Nunca oí decir que fuera alumno brillante, aunque siempre normal, siempre estudioso, siempre correcto. Se trataba de una brillantez de la normalidad, de la serenidad, del equilibrio» (Mons. Abelardo Benítez). Otro que coincidió con él en diversas clases dice: «Fue muy estudioso y ejemplar en su vida de Seminario y alcanzaba siempre muy buenas notas» (Juan Gornés, canónigo). Efectivamente, a partir de los cursos de Filosofía, casi siempre alcanzó la nota máxima en los exámenes de fin de curso. Otro compañero dice: «Debo atestiguar que, aun no siendo un alumno de facultades privilegiadas, su aplicación constante y su afán por saber, su atención y dedicación a los ejercicios y tareas fuera de clase daban el resultado de ser uno de los alumnos mejores» (Enrique Cardona, sacerdote).

El afán de estudio que caracterizaba a Juan se dirigía especialmente a aquellas materias que le parecían de mayor importancia para su futura labor sacerdotal y apostólica. Entre sus apuntes se conservan bastantes esquemas y reproducciones de sermones y pláticas que había escuchado, a veces con indicación del nombre del predicador. Debía pensar que algún día le podrían ser útiles.

De las redacciones suyas que conservamos, se pone de manifiesto un estilo correcto y a veces brillante, aunque adolezca un poco de la ampulosidad que en su tiempo caracterizaba a muchos oradores. Se distinguen, sin embargo por la claridad y el buen orden de la exposición, así como por la acendrada espiritualidad que en ellos se manifiesta. Respecto de la devoción a la Cruz, en una página de sus apuntes espirituales exclama: «Desgraciado el sacerdote que no la obtenga en su alma. Sin la cruz se encuentran momentos en la vida inexplicables; sólo la cruz con Jesucristo en ella clavado son solución. ¿Quién como Cristo? Sí, Cristo en cruz, no repugna; mas, es necesario que, seguidor yo de Cristo, me encuentre con la cruz. Son necesarias devociones tiernas, pero lo es también, e imprescindible, la devoción viril, fuerte, grave, grande, a la cruz con Cristo en ella». Estas son palabras de íntimo calado, no destinadas a la exposición pública, pero muy elocuentes y significativas si las vinculamos con su generosa entrega y glorioso martirio.

## **Peregrinación a Roma en 1929**

El 6 de enero de 1929 el papa Pío XI promulgaba la celebración de un Año Santo extraordinario con motivo del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. La Sagrada Congregación de Seminarios concibió el proyecto de una peregrinación a Roma de seminaristas de todo el mundo. Se pensaba en la posibilidad de que fueran unos veinte mil los asistentes; pero esta cifra era ciertamente utópica teniendo en cuenta las dificultades y el gasto de los viajes. Se alcanzó, sin embargo que fueran unos cinco mil los seminaristas que peregrinaron a la Ciudad Eterna entre los días 21 y 25 de julio. Las calles, las basílicas e innumerables monumentos de Roma rebosaron de jóvenes que con gran variedad de vestes clericales, llenos de entusiasmo y de fervor religioso. Los seminaristas españoles que acudieron a la cita fueron casi quinientos.

Los superiores del Seminario de Menorca escogieron a Juan Huguet para que con el respaldo económico de la diócesis participara en esta peregrinación. Grande fue su gozo al poder participar en esta gran manifestación de fe. Contaba entonces 17 años de edad y había cursado el primer año de Filosofía. Asistieron otros tres seminaristas

menorquines: Jaime Gener, Nicolás Gorriás y Fernando Cortés, además del joven sacerdote Francisco Jansá, el cual también daría su vida por la fe de Cristo pocos meses después de Juan Huguet. El hecho de que los superiores del Seminario apoyaran esta participación de Juan es sin duda una clara manifestación de cómo valoraban la buena conducta y el aprovechamiento de este joven seminarista.

Hacia el mediodía del 18 de julio desde la barcelonesa estación de Francia se puso en marcha el tren especial destinado a los seminaristas que iniciaron el viaje cantando a pleno pulmón la *Salva Regina*. Presidía la expedición el señor Obispo de Coria don Dionisio Moreno. En la madrugada del día siguiente el convoy se detuvo en Marsella, y los peregrinos en autobuses fueron trasladados al santuario de *Noôtre Dame de la Garde*, donde participaron en la celebración de la Eucaristía. Otra detención al día siguiente se hizo en Génova, con misa en la iglesia de la Anunciata y visita de la catedral y del famoso y artístico cementerio. A las doce de la noche llegaban a Roma. En la estación les esperaba una comisión del Colegio Español, presidida por su rector el Beato Pedro Ruiz de los Paños, el cual daría su vida como mártir en Toledo el 23 de julio de 1936, el mismo día del martirio de Juan Huguet en Menorca.

El primer día de estancia en Roma, 21 de julio, que era domingo. Por la tarde hubo un acto eucarístico en la iglesia de San Ignacio, y para los españoles en el mencionado colegio un encuentro con el cardenal español Mery del Val y con el embajador de España ante la Santa Sede. El Sr. Obispo de Coria puso de relieve el entusiasmo del numeroso grupo, del que dijo que representaban a los seminaristas, al clero y a todo el pueblo creyente de España. Un notable número de estos seminaristas españoles morirían siete años después durante la ingente persecución religiosa que se agravó especialmente durante el año 1936.

El lunes 22 de julio hubo misa en la basílica de Letrán, celebrada por el cardenal Vicario de Roma, durante la cual se cantaron himnos en gregoriano, como el *Ubi charitas el amor*. Después todos fueron en procesión hasta Santa María la Mayor donde se cantó el *Magnificat*. A las doce dos grupos de seminaristas, no italianos, se situaron en dos salas del Palacio Apostólico, los españoles en la Sala Regia, donde el Santo Padre se dirigió a ellos muy complacido y con muestras de cariño que manifestó especialmente hacia algunos de ellos que eran de más corta edad. Entre otras cosas les dijo: «Qué espectáculo tan querido es para los ojos del padre sentirse junto a los ojos y el corazón de sus hijos». Por la tarde del mismo día los casi cinco mil seminaristas de todos el mundo se reunieron en el *Colosseo*, el antiguo anfiteatro que fue lugar de martirios tan significativos como el de San Ignacio de Antioquía hacia el año 115.

El 23 de julio, fecha que siete años después sería la del martirio de Juan Huguet, los seminaristas hicieron su solemne profesión de fe junto a la tumba de san Pedro en la Basílica Vaticana, donde les celebró la misa el cardenal Rafael Merry del Val. Y por la tarde visitaron las Catacumbas o antiguos cementerios cristianos, donde se veneran preciosas memorias de los mártires romanos de los primeros siglos. Por grupos bajaron a diversas galerías subterráneas. La concentración fue en el cementerio de San Calixto, donde se halla la memoria de san Tarsicio, que debió renovar especiales recuerdos en Juan Huguet que había formado parte de los «tarsicios» de la Adoración Nocturna.

El día 24 estuvieron los peregrinos en la esbelta basílica de San Pablo y por la tarde hubo una nueva audiencia del Papa en el patio de San Dámaso para a todos los seminaristas. En su alocución les dijo que a través de ellos enviaba su bendición a las familias y a los seminarios que calificaba de «hogares en los que se enciende la llama de la fe» (*focolari dove si accende la fiamma della fede*). Les dio facultad para que al celebrar su primera misa pudieran impartir la bendición papal.

El día 25, fiesta del Apóstol Santiago, el Santo Padre por la mañana celebró la misa a la que asistieron los seminaristas, y por la tarde, con la presencia del Papa, hubo en la Plaza de San Pedro una solemne procesión eucarística. Era la primera vez desde 1870 en que el Pontífice aparecía en aquel espacio abierto hacia la ciudad de Roma, pues hacía pocos años que se había firmado los Pactos Lateranenses. A las doce de la noche de aquel mismo día los peregrinos españoles iniciaban su larga ruta de regreso en tren hacia la patria, en donde les aguardaban pocos años después tristes y a la vez gloriosos acontecimientos. Muchos de los datos acerca de esta peregrinación constan en la crónica escrita por Santos Beguiristain y publicada en el *Correo Josefino*, revista destinada a los seminaristas, dirigida por la congregación de los «Operarios Diocesanos» fundada por el Beato Manuel Domingo y Sol.

Los seminaristas menorquines, junto con algunos de otras diócesis, se alojaron en Roma en una casa religiosa del distrito de Centopreti. Estaba hospedado también allí un seminarista de Mallorca, Lorenzo Vanrell, que luego fue sacerdote y siempre guardó un grato y emocionado recuerdo de Juan Huguet, con quien tuvo la dicha de tratar bastante a fondo durante la peregrinación. Afirmaba que al punto se dio cuenta de la virtud y piedad que le caracterizaban. Algunos días los otros compañeros salía a primera hora de la noche a fin de contemplar las calles y los monumentos profusamente iluminados, cosa nueva para muchos en aquel tiempo. Juan y Lorenzo preferían quedarse en la residencia. Rezaban juntos el Rosario paseando por los alrededores. Este sacerdote mallorquín reconocía que Juan no era muy hablador, pero que tenía un trato muy afable y que se transparentaba su virtud. Tuvo conocimiento de su martirio y siempre consideró este encuentro como una gracia recibida de Dios.

A su regreso Juan habló a su familia con entusiasmo acerca de la peregrinación, aunque sus hermanos, por la corta edad que entonces tenían, no recuerdan con detalle lo que les contaba. Trajo de Roma unos pocos recuerdos, pero muy significativos respecto de la piedad y devoción por él sentida. Uno es la reproducción de uno de los clavos de la crucifixión de Cristo, que tradicionalmente se venera en la basílica romana de la Santa Cruz, con un documento que acredita que el objeto ha estado en contacto con la venerada reliquia. Otro recuerdo consiste en una estampa de Cristo Resucitado, adornada con flores secas de Tierra Santa. Sus hermanos guardan estos objetos piadosos con mucha devoción.

### **Piedad y cultivo de las virtudes**

La vida de fe de Juan Huguet, que se había manifestado ya en su infancia, se fue afianzando y se desarrolló constantemente, gracias al aprecio que de ella tenía el joven y sobre todo porque su trato personal con el Señor se fue intensificando de cada día más, mostrándose muy fiel a la piedad y a la oración. Estas actitudes se reflejaban en su persona, a pesar de su discreción y de que no le gustaba exteriorizar sus sentimientos.

Sus compañeros, sin embargo, pronto se dieron cuenta de la intensidad y solidez de su vida interior. Uno de ellos lo expresaba así: «Su vida cristiana estaba cimentada ya desde su hogar. Llegó al Seminario con toda la ilusión y ferviente deseo de llegar al sacerdocio. Pero discurrió por la vía de la sencillez y naturalidad. Su ilusión estaba presente en todas sus acciones; se transparentaba en sus actos de piedad y celebraciones litúrgicas; quienes con él convivimos, hoy al recordarlo, no dudamos de sus esfuerzos para llegar al sacerdocio por el camino de la santidad y al apostolado de las almas. Su espiritualidad tiene dos expresiones constantes: Jesucristo y María. Sólo su director espiritual podría confirmarlo, pero exteriormente también se traslucía. Yo le vi repetidas

veces como arrobado, casi extático, instantes después de comulgar en la capilla interior del Seminario. Me edificaba y me impulsaba a su imitación. Y todo ello iba arropado por una devoción acendrada a la Virgen María. Entrar en su habitación era encontrarse y sentirse envuelto en un clima espiritual, suscitado por tantos reclamos de piedad y amor a María» (Enrique Cardona, sacerdote).

Otros que fueron con él alumnos del Seminario manifiestan impresiones muy semejantes: Su vida cristiana y su espiritualidad eran «excelentes, casi me atrevería a decir que en grado superlativo» (Bartolomé Mercadal, farmacéutico); «A mí me llamaba la atención su serenidad y su piedad ejemplar, fruto sin duda de una vida interior intensa y afianzada» (Guillermo Coll, canónigo); «Al rezar con nosotros la lectura del oficio; notabas en él como si se transformara. Me llamaba poderosamente la atención este detalle. Especialmente cuando hacíamos ejercicios espirituales, transmitía una placidez y un estado de ánimo muy sereno. Para mí es el recuerdo más fuerte y agradable que conservo de él» (Francisco Anglada, canónigo).

Un antiguo seminarista que después fue profesor de filosofía en un centro estatal sintetiza así su opinión acerca de la vida de piedad y los valores humanos de Juan Huguet: «No era un beato, en el sentido vulgar de esta palabra, sino un muchacho normal, serio y estudioso, y que gustaba de jugar a una competición como de pelota vasca a mano limpia, o sea, sin raquetas y otros instrumentos. Su actitud a la hora de la muerte no fue cosa improvisada, sino una consecuencia y el resultado de toda una vida de entrega a un ideal» (Rosendo Gisbert Calderón).

En el pueblo de Ferreries han persistido siempre muy vivos los recuerdos que hacen referencia a la piedad muy intensa de Juan Huguet, la cual, según dicen todos, se reflejaba en su rostro. Él asistía cada día al Rosario y al ejercicio de la Hora Santa que se celebraba todos los sábados, sólo para hombres. Algunos de los que formaban parte de la Juventud Católica recuerdan su figura extática en tales ocasiones y el fervor con que se notaba que pedía la conversión de quienes perseguían a la Iglesia.

Algunas mujeres, que por entonces eran muy jóvenes, manifiestan que el seminarista Huguet tenía poco trato con ellas, pero que les impresionaba su porte y que comentaban que su figura se parecía a la de san Luis Gonzaga. Uno de los jóvenes ferrerenses de entonces dice que Juan rezaba y estudiaba mucho, y que en consecuencia se le veía poco por las calles. Otro añade que «hablaba cuando tenía que hablar y que era muy juicioso.

Un sacerdote, que le conoció durante muchos años de convivencia en el Seminario, asegura que en su aspecto exterior se reflejaba su muy intensa espiritualidad a la vez que su actitud afable y bondadosa con todos: «Era un muchacho sencillo y pacífico, solidario con los demás». Y añade: «Quizá por su físico presentaba un aspecto angelical» (Miguel Casanovas).

Sus hermanos recuerdan que un día en que se había celebrado la procesión del Corpus llevó a su casa una rama de jazmín, que había servido para el adorno de la iglesia o de las calles por donde había pasado el Santísimo Sacramento, y la plantó en el jardín de su casa, consiguiendo que arraigase, cosa que suele resultar difícil. Esta planta de flores blancas venía ser para él un símbolo y recuerdo constante del misterio eucarístico. En sus apuntes espirituales dejó plasmado su anhelo de que la recepción del Cuerpo de Cristo fuera para él fuente de fortaleza, como lo fue para los mártires.

La espiritualidad de Juan Huguet no se limitaba a una vivencia interior ni se basaba en un sentimentalismo, sino que se afianzaba en la adquisición y el ejercicio de las virtudes. Los ejemplos de Cristo eran su principal estímulo en ese camino de la vida cristiana, como él mismo lo anota en los apuntes que tomó durante los ejercicios ignacianos de 1934: «Que aprenda, Señor, de vuestras divinas enseñanzas. No permitáis

que vuestros ejemplos me sirvan de cargo en el día de mi juicio; al contrario, que pueda decir: Señor, traté de seguir lo mejor que pude vuestros ejemplos, aprendí vuestras divinas enseñanzas; tal vez, débil como soy, no lo he hecho a perfección, empero no ha sido culpa mía, ya que mi deseo, mi propósito firme era el hacer el máximo que me era dado hacer, y esto, con vuestra gracia, es lo que he hecho, para que así pueda presentarme ante Vos; dadme vuestra gracia...». Estas palabras no quieren ser una declaración de sus méritos, sino que expresan el deseo de poderse presentar un día ante el Señor, habiendo hecho todo lo posible para alcanzar la virtud. Así fue, efectivamente, en el último de sus días, el de su glorioso martirio, por la bondad de Dios y la generosidad de su siervo bueno y fiel.

Quienes le conocieron afirman que sus virtudes sobrenaturales tenían el soporte de unas sólidas virtudes humanas, alcanzadas también con el auxilio de la gracia. Uno de sus compañeros dice: «Era un hombre amable con todos, humilde con dignidad, respetuoso de los demás, servicial, caritativo, sencillo, un tipo humano perfecto en su expresión corporal y física y en su psicología. Estas cualidades humanas serían fundamento y base de su formación espiritual y sacerdotal» (Mons. Abelardo Benítez). Eran muy de notar, dice otro, «su atención a los demás, su sonrisa limpia y alentadora en la vida del Seminario» (Guillermo Coll). Se podía apreciar en él «una gran fe, humildad, caridad, amor al prójimo, etc.: perfecto cumplimiento de sus obligaciones como fámulo del Sr. Obispo coadjutor» (Bartolomé Mercadal).

Respecto de su atención a los enfermos y a todos los que debía tratar, he aquí un detallado testimonio sobre actuaciones suyas en la vida diaria. Así lo expresa Mons. Abelardo Benítez: «El Sr. Mascaró [superior del Seminario] padecía ataques epilépticos. A cualquier hora del día y de la noche Juan Huguet Cardona estaba dispuesto a ayudarlo. Unos días antes de terminar el curso 1935-1936 me llamó una noche para que le ayudara en su servicio al sacerdote enfermo. Lo hacía con caridad, con compasión, con estima, con respeto. [...] En el viaje a Barcelona (para ir a ordenarse) Juan se preocupaba de que nosotros estuviéramos bien y pudiéramos descansar. Recuerdo que en la noche vino a mí (era mi primer viaje en barco) y me preguntó si estaba mareado y si me encontraba bien».

En el seno de su familia dio también constantes ejemplos de virtud y de amabilidad, y se interesaba por el buen comportamiento de sus hermanos. Su hermana María era todavía de corta edad, pero recuerda muy bien que él le aconsejaba que se portara bien, que fuese respetuosa, modesta en el vestir y que en sus juegos no hiciera nada inconveniente. Su hermano Vicente en cierta ocasión obtuvo en la Lotería Nacional un premio de cinco pesetas, y lo celebró con sus amigos, aunque sin excederse en cosa alguna. Juan se quedó un poco alarmado y lo comentó con el coadjutor de la parroquia, encargándole que hablara con Vicente acerca del asunto.

Juan era bueno con todos y discreto en sus actos y relaciones. Tenía buenos amigos en Alaior, manteniendo contactos con ellos así como con los sacerdotes y Hermanos de La Salle. En casa sabía entretenerse cuidando del jardín y dibujando, actividad que le gustaba y en la que obtenía resultados bastante aceptables, aun sin haber recibido enseñanzas especiales sobre esta actividad.

### **Ansias de apostolado**

Don Juan Sánchez, sacerdote de la congregación de Operarios Diocesanos, que fue postulador de la causa de Juan Huguet, decía que en la ofrenda martirial de su vida, un elemento que significó un gran sacrificio fue el de renunciar a lo que aguardaba con

gran ilusión: la labor apostólica y pastoral que tanto anhelaba. En efecto, apenas ordenado sacerdote, le llegó el martirio sin dar lugar a su ansiado trabajo sacerdotal. Estas ansias apostólicas habían sido sentidas ya por él desde hacía muchos años y su alma vibraba con el deseo de prepararse muy bien para su futuro ministerio.

Se inició, además, en diversas tareas de apostolado, trabajando en la catequesis y en diversas actividades de asociaciones como el Patronato de La Salle y la Juventud Católica. No desaprovechaba ninguna ocasión que se le ofreciera de hacer el bien y de dar buenas orientaciones a las personas con quienes trataba. Cuando su padre tenía que ir desde Ferreries a Alaior en su camioneta para su actividad de comercio, Juan solía trasladarse a esa población donde tenía buenos amigos y familiares. Un primo suyo, Juan Cardona Riudavets, que por entonces era un niño de unos siete años, recuerda muy bien que Juan iba a comer en su casa y que entonces le invitaba a ir con él a la iglesia de San Diego con el fin de visitar a Jesús Sacramentado. Rezaba con gran devoción ante el Sagrario y le sugería al niño pensamientos espirituales acomodados a su edad, instruyéndole sobre el modo como debía hablar con el Señor.

Otra persona de Alaior, Juan Pons Jover, recordaba que en cierta ocasión Huguet fue en romería al santuario de Ntra. Sra. de Montetoro con un grupo de jóvenes y mientras subían la cuesta de la montaña iban surgiendo diversas conversaciones. En un momento determinado Juan con naturalidad les insinuó: «¿No os parece que sería bueno que rezáramos el Rosario?». Ellos asintieron de buen grado a la propuesta, y de este modo la peregrinación adquirió un carácter de mayor piedad y les resultó de más provecho espiritual.

Desde finales del año 1933 la familia Huguet Cardona había trasladado su residencia al pueblo de Ferreries, en el cual la vida cristiana se hallaba en un estado muy floreciente. Juan colaboró activamente en las labores apostólicas organizadas por la parroquia, de lo cual que ha quedado muy buen recuerdo entre los vecinos de la población. Los que fueron jóvenes inscritos en la Juventud Católica dicen que Juan era muy afable con ellos y sabía conversar de forma simpática y alegre, impartiendo también buenas enseñanzas de orden espiritual y apostólico. Esta asociación no contaba por entonces con un local propio y se reunían en la sacristía o en la casa parroquial o en el domicilio de Huguet. Recuerdan que en una ocasión realizaron una excursión a una cala de la costa norte, donde se celebró una misa al aire libre, cerca del mar, a la que asistieron con mucho respeto y con gran devoción, estando Juan en primera fila y todos arrodillados sobre el suelo con sincera piedad. Siendo ya clérigo el seminarista Huguet en las fiestas patronales de San Bartolomé de 1935, tomó parte montando a caballo como capellán de la cabalgata, de acuerdo con una antigua costumbre menorquina.

Colaboró también en las tareas catequísticas de un centro establecido en la iglesia de San Miguel, situada en uno de los barrios más humildes de Ciutadella. En las vacaciones de verano, cuando ya no había labores escolares, enseñaba también el catecismo a un grupo de niños en Ferreries. Las sesiones tenían lugar en la sacristía de la iglesia parroquial. En un certificado emitido por el párroco con ocasión de la recepción de órdenes por Juan Huguet se hace constar que él siempre había observado una conducta ejemplar «manifestando su celo en especial con la enseñanza del catecismo durante las vacaciones».

El ya mencionado sacerdote don Enrique Cardona, que permaneció durante varios años ejerciendo el ministerio sacerdotal en Barcelona, tuvo ocasión de tratar en la Ciudad Condal con un joven natural de Ferreries quien le comunicó que Huguet hablaba claramente a los jóvenes de su pueblo acerca de la necesidad de estar en disposición de entregar la vida por razón de la fe cristiana: «En Ferrerías, tratando con los jóvenes de Acción Católica, que ya esperaban tenerle como consiliario, en los días



de vacaciones y más en los treinta y tres días cuando ya era sacerdote, recién consagrado, les había hablado algunas veces de la necesidad de dar testimonio de cristianos siempre y, si llegaba el caso, incluso con la propia vida. Y les había añadido: Si yo un día he de dar la vida por Cristo, con gusto la daré. Me consta todo ello por persona de Ferrerías y digna de Crédito». El mismo sacerdote añade: «Incluso me consta que, viviendo ya en Ferrerías, en los días de vacaciones ejercía algo de apostolado con los niños de la Catequesis; y a algunos jóvenes que ya alternaban con él en sus charlas, algunas veces les estuvo hablando del ideal del sacerdote y de la vocación sacerdotal».

El día 8 de junio de 1934 se bendijo el local de la Hermandad Agrícola e Industrial de Ferreries y por la tarde se celebró un acto cultural en el que el seminarista Juan Huguet, que aún no era clérigo, según refieren las crónicas del Boletín del Obispado «pronunció una hermosa conferencia sobre el tema *Indefectibilidad de la Iglesia*. Fue muy aplaudido».

El celo apostólico de Juan Huguet no podía pasar desapercibido. En la publicación titulada *Nuestra Hoja* del Colegio y Patronato de La Salle de Alaior, se habla del nuevo presbítero Huguet con ocasión de su primera misa y se le califica de «sacerdote celosísimo, joven y amigo de los jóvenes» y se le desea que «pueda trabajar con todo el fruto posible en la vasta viña del Señor». Parece que no se había decidido aún cuál sería el destino del nuevo sacerdote, pero corrían diversos rumores. Había quien pensaba que se quedaría en Ferreries, ya que el coadjutor de esta parroquia, que también fue mártir, Alberto Triay, quizá sería trasladado a la Catedral, en la cual era titular de un beneficio eclesiástico. Otros pensaban que podría ser destinado a Alaior, donde no había ningún sacerdote joven.

### **Espiritualidad martirial**

El don del martirio, como una gracia muy singular recibida de Dios, ha configurado la vida de la Iglesia en todos los tiempos. La veneración de los mártires ha fecundado y enriquecido la espiritualidad y la liturgia en todos los países y en toda la amplia variedad de tradiciones eclesiales. Pero en ciertas circunstancias el sentido teológico y pastoral del martirio se ha mostrado más vivo y actual, sobre todo cuando la perspectiva martirial se ha hecho más cercana y se ha percibido que la posibilidad de nuevos casos de martirio estaba muy a la vista.

Es un hecho real que en el Seminario de Menorca, durante los años en que Juan Huguet realizaba los estudios superiores, o sea, en los cursos de filosofía y teología, se fue arraigando una intensa espiritualidad basada en el don del martirio. Este carisma del supremo testimonio de amor que es el de dar la vida por la fe y como entrega a Cristo en generosa plenitud, se iba contemplando no como un recuerdo de siglos pasados, sino como una realidad viva en la Iglesia y que se iba poniendo de manifiesto en las circunstancias del tiempo en que se vivía. Primeramente se conoció por testimonios muy directos la persecución padecida por los católicos en México y después se vio cómo se cernía sobre España una amenaza muy semejante. Juan Huguet, sin duda, fue uno de los alumnos del Seminario en quien la espiritualidad martirial arraigó con gran profundidad y se fue desarrollando con generoso espíritu de entrega.

EN 1928 fueron acogidos en el Seminario de Menorca tres seminaristas mejicanos que habían venido a España por motivo de dicha persecución. Las vivencias que ellos transmitían acerca de las penalidades y los martirios sufridos en aquel país conmovieron profundamente a los alumnos menorquines. Uno de los que fueron

testigos de esa convivencia, se explica así: «Cuanto vivíamos en el Seminario en los años en que Méjico sufría la persecución religiosa decretada por el gobernador Calles, estuvieron en el Seminario tres seminaristas de aquel país, acogidos entre nosotros. Ellos fueron explicando los sufrimientos y martirios que ahí tenían lugar y entre todos ellos cobró especial significación y heroicidad el martirio del Padre Pro. Nos pasábamos escritos y estampas acerca de la cruenta persecución y de la intrepidez de sus mártires. Juan Huguet repetidas veces se había expresado acerca de ello, exclamándose en deseos de emularlos y morir por la fe en Cristo. La estampa en que se representaba el fusilamiento del P. Pro presidía su mesa de trabajo en su habitación, y hasta su vida. En repetidas ocasiones había manifestado su ilusión y deseo de morir en defensa de Cristo y de su Iglesia. Estaba, parece, dispuesto por la Providencia que le imitaría» (Enrique Cardona).

Otro compañero, por su parte, dice: «En aquellos años el Seminario recibió a unos seminaristas mejicanos durante la persecución de la Iglesia en aquella nación. Hicieron verdadera amistad con Juan. Coincidían con él en la edad y en los cursos y había una buena relación de amistad y de afecto. Ellos contaban impresionados la muerte martirial de padre jesuita Miguel Pro, hoy Beato, al grito de ¡Viva Cristo Rey! Un profético anuncio de lo que sucedería con Juan unos años más tarde. El grito de ¡Viva Cristo Rey! Era en el P. Pro y lo fue en el Padre Huguet el símbolo de la incondicional entrega a Jesucristo y a la Iglesia» (Mons. Abelardo Benítez).

En el comedor del Seminario se leyó públicamente la biografía del P. Pro, que resultó muy emotiva para los oyentes. Uno de los seminaristas mejicanos tenía su habitación junto a la de Huguet. Se llamaba Rafael Briseño y cursaba el tercer año de filosofía cuando llegó en 1928. Fue ordenado de sacerdote en Menorca el 18 de septiembre de 1931.

Acerca de la espiritualidad martirial de Juan Huguet, además de los testimonios de sus compañeros y familiares, tenemos referencias muy expresas en sus apuntes espirituales. Durante los ejercicios espirituales de 1934 escribía: «Es mi propósito firme, quiero con voluntad férrea y varonil seguirlas no ya hasta la partición del pan, sí que hasta la cumbre del calvario y morir con Vos en la cruz, cruz que serán para mí tribulaciones, contrariedades, pobreza etc.». Y en el retiro previo a la recepción de las órdenes menores, aquel mismo año ponía esta solemne declaración dirigida a Cristo: «Señor, soldado vuestro soy, alistado en vuestro ejército por confirmación y próximamente por tonsura. Vos sois mi herencia. A vuestras órdenes, pues. Mandad lo que gustéis, aunque sea el sacrificio de mi vida, aunque sea morir por Vos martirizado. ¿Qué podría hacer que Vos no lo hayáis ejecutado primero por mí?».

Refiriéndose al P. Pro, Juan solía decir: «¡Quién pudiera ser como él». Y poco después de su ordenación sacerdotal, dijo a un amigo: «Ahora ya soy sacerdote, y para tener la dicha completa me falta ser sacerdote-mártir».

Por el testimonio de sus padres, en los interrogatorios del proceso de beatificación, sabemos que frecuentemente les manifestó su admiración por los mártires y que incluso les insinuaba su deseo de morir como ellos. «Le oí muchas veces -decía su padre- ponderar la gloria y la felicidad que supone el ser mártir, en ocasión de hablar del P. Pro, mártir mejicano al que tenía en grande estima, diciendo: ¿Quién pudiera ser como él!».

«Es de notar -manifestaba su madre- que varias veces, enseñándome una estampa del P. Pro, mártir de Méjico, me decía: ¿No le gustaría tener un hijo mártir como éste?, ya que los mártires van derechamente al Cielo; y yo le contestaba afirmativamente».

En los momentos de más intensa unión con Cristo, durante los ejercicios espirituales de 1934, Juan en sus apuntes se refiere a la petición de una «gracia que Vos sabéis». Se trata de un secreto que no logra mantener oculto y que aflora en diversas ocasiones en sus apuntes y conversaciones, como han referido sus padres y algunos amigos. Sin dula lo que él pedía con humildad y confianza era la gracia del martirio. Pero él no concebía este don como un hecho aislado, sino como formando parte de un proceso de fidelidad y generosa entrega.

El misterio de la comunión de los santos tiene manifestaciones que a veces nos es dado vislumbrar. La fraternal acogida de los seminaristas mejicanos en la pequeña diócesis de Menorca parece haber sido un cauce para que el martirio del beato Miguel Pro sirviera de estímulo y modelo al piadoso seminarista Juan Huguet, que pocas semanas después de su ordenación sacerdotal le imitaría con gloriosa muerte por Cristo, cuyo reino no tendrá fin.

### **Un sendero espiritual de admirable fidelidad**

Los compañeros de Juan Huguet en el Seminario de Menorca coinciden en afirmar que fue un seminarista ejemplar durante todo el tiempo en que le conocieron, pero alguno precisa que en los últimos años de su vida se reflejaba en él una profundización humana y espiritual que no podía ocultarse, por más que él no pusieran interés alguno en singularizarse. Era en efecto, muy discreto en sus manifestaciones y su vida daba la impresión de una gran discreción y normalidad en su conducta.

Este proceso suyo de avance en la vida de oración y en el cultivo de las virtudes queda bien corroborada en los apuntes espirituales que iba escribiendo y en las redacciones de contenido religioso que a veces efectuaba, como ejercicios escritos vinculados con sus estudios. Las anotaciones de su vida espiritual no las hacía en modo alguno a fin de que algún día fueran conocidas, sino siguiendo las recomendaciones que generalmente daban los maestros espirituales y directores de espiritualidad con la finalidad de que las enseñanzas recibidas o las inspiraciones que hubieran sentido en sus meditaciones pudieran serles de provecho en el futuro y les hicieran revivir los momentos de gracias espirituales recibidas.

Podemos pensar además que de un modo semejante a lo ocurrido con la *Historia de un alma* de santa Teresa de Lisieux, la divina Providencia debió impulsar a este joven seminarista a poner por escrito unos testimonios que en el futuro podrían difundirse y alcanzar un gran valor de ejemplaridad y de reclamo para los jóvenes sobre una unión de amistad con Jesús y de fidelidad a la divina gracia.

Especialmente ilustrativas resultan las notas que fue tomando durante los ejercicios espirituales que siguiendo las pautas de san Ignacio de Loyola practicó en el mes de octubre de 1934. Sin duda que viendo como se iba aproximando el tiempo de la recepción de las órdenes que le abrirían el camino hacia la ya próxima y tan ansiada meta del sacerdocio, se propuso unirse al Señor con ferviente espíritu en esos días especialmente dedicados a la oración. He aquí la plegaria personal que figura al principio de los apuntes tomados en esa ocasión: «Señor, que me convenza que solamente Vos sois mi fin; que lo desprecie todo, sólo por apreciaros a Vos; que lo abandone todo, para poseeros sólo a Vos; que todos me desprecien, con tal de que Vos me apreciéis; que todos me abandonen con tal de que no me abandonéis Vos [...] Por la Sangre de vuestro Hijo, ¡oh Dios mío!, por lo que me amáis, haced que jamás se borre de mi inteligencia, que en todo momento recuerde mi fin, y lo conseguiré».

A la Virgen María, en otra ocasión, también le dirigía una fervorosa súplica semejante, con estas palabras: «¡Madre mía y de mi amado Jesús, os amo muchísimo: infundid una chispa de amor puro en mi corazón para que cada día más os ame a Vos y en Vos a mi Jesús! Madre bajo vuestro amparo me cobijo y estoy a salvo de los enemigos de mi alma; Madre mía, que jamás os ofenda a Vos ni a mi amado Jesús. Así sea».

Es de notar que Juan siempre que se dirige al Señor o a la Virgen lo hace con el tratamiento de «Vos». Esta era la forma con la cual en Menorca, y especialmente en las familias del campo o de los pueblos rurales, los hijos se dirigían al padre o a la madre. Era por tanto una manera familiar de hablar que le salía espontáneamente al piadoso joven en sus coloquios espirituales.

En los apuntes de estos días de retiro espiritual aparecen muchas expresiones de arrepentimiento y de detestación del pecado. Esto no implica que él tuviera conciencia de haber ofendido a Dios gravemente. Son más bien reflejo de su humildad y de su dolor por considerar que a veces no había correspondido debidamente a las gracias que el Señor le concedía. Es muy probable que él haya conservado siempre la inocencia bautismal. He aquí uno de sus frecuentes conversaciones con el Señor: «¡Basta, Señor, basta! Aunque con tribulaciones me visitéis de hoy en adelante, propongo firmemente seros fiel, ayudado de vuestra divina gracia. ¿Cómo negar un sacrificio al que continuamente me regala con beneficios y cuidados paternales? No, Señor, no quiero ser más ingrato. No despreciaré vuestras inspiraciones. A Vos, Señor, me entrego; haced lo que mejor os parezca; disponed según vuestra voluntad, que yo ninguna resistencia os opondré; trabajad en mi alma y modeladla para hacer de ella lo que queráis. ¿Cómo negaros cosa alguna? ¿Cómo poner resistencia a vuestros deseos, si de continuo me regaláis, de continuo me brindáis y me colmáis de lo que más necesito? Me libráis, Señor, de grandes peligros ¿y yo intentaré buscar los tropiezos que Vos me quitáis de delante? Jamás, Señor. ¿No os seré agradecido? Hablad, Señor, hablad, que vuestro hasta ahora infiel siervo, escucha. ¿Queréis que no ame sino a Vos? Tomad mi corazón, pues; no dejéis nada de él a mi disposición, que, dada mi flaqueza, presto estaría en poder de las criaturas».

El joven seminarista Huguet va madurando en su vida espiritual y se entrega generosamente a los planes que Dios tiene sobre él. Se da cuenta de que Cristo es el que lleva la iniciativa, y eso es lo que él expresa con la frase de que Jesús «se intercepta» en su camino, con lo cual quiere significar que el Señor se le acerca y le llama de una forma muy personal y concreta. Él se muestra muy dispuesto a corresponder a esa llamada.

Al tiempo que descubre esos caminos que Dios le abre, se lamenta de que hasta entonces no haya sabido valorar debidamente los dones divinos. En referencia a la Eucaristía exclama: «Señor, perdonad mi glacial indiferencia hasta aquí; perdonad mi desamor. ¡Ay!, Señor, mi corazón contrito os pide perdón de todo; mirad sólo lo que haré de hoy en adelante; os seré agradecido, Señor, corresponderá a vuestro amor, apreciar sabré vuestro amor...».

A medida que su alma avanza en el amor hacia Dios va comprendiendo mejor que debe rechazar con decisión incluso todo pecado venial. Así lo implora de la bondad divina: «Señor, dadme que no consienta que os ofenda ni aun venialmente; que quede bien grabado en mi alma lo que es un pecado venial: es, Señor, un apartamiento de Vos: ¡Qué desgracia! Vos sois vida, luz, alegría, paz, consuelo, esperanza, el dispensador de la gracia. Jamás ofenderos, Señor, ni aun con ofensa venial. El pecado venial en el alma es lo que la lepra en el cuerpo. ¡Qué horror! Dadme arrestos varoniles para que

comprenda todo lo que es un pecado venial, y considerando lo que Vos me amáis, no os ofenda jamás».

Durante los indicados ejercicios espirituales en octubre de 1934 llegan unos momentos en los que Juan tiene una experiencia espiritual muy llena de contenido y que marca en su espíritu una huella muy profunda, que parece entrar de algún modo en el campo de la mística sobrenatural. A fin de no olvidar una gracia tan especial, en sus apuntes la deja consignada de esta manera: «Grandes consuelos que me ha regalado el Señor hoy día 8 de octubre de 1934, 5 tarde: Mi corazón y todo mi ser como disfrutando de una alegría sin límites, cual no se siente por cosa alguna terrena, se encontraba como atraído, elevado hacia Vos. Ahora comprendo, rastreándolo, lo que debe ser el amor que embarga a los bienaventurados. A punto estaba de decir: basta, Señor, basta. El cuerpo, pesado como es, se sentía demasiado alto y desfallecía. Un anticipo de la gloria era aquello. ¿Cómo no he de desear la muerte ahora, si con ella he de gustar algo que supera infinitamente lo que he gustado? ¡Oh Señor, si uno pudiera sentir, alguna que otra vez al menos, esas dulzuras que por un momento me habéis dejado gustar! Ya sé que más meritorio es servirlos, amarlos, sin esas sensibles dulzuras y alegrías, empero cual niño aún no sé, y perdonadme, correr tras Vos sin que me regaléis con estas dulzuras. ¡Cuán bueno sois, Señor, conmigo, y yo, en cambio, cuán ingrato soy con Vos! Desearía continuas dulzuras y yo no os daría en retorno de ellas sino la hiel y vinagre de mis faltas al tener sed de amor».

La plegaría con la que Huguet corresponde a este don divino, prosigue de este modo y con muy significativas referencias a lo que dos años después se pondría de manifiesto en su muerte martirial: «Tomad, Señor, mi corazón y que desfallezca de amor hacia Vos. ¿Y cómo no entregároslo? Hasta por amor propio, aunque nunca disfruta tanto como poseyéndolo Vos, debería dároslo. Que mi muerte sea un hartazgo de amor a Vos. Que mi último suspiro sea un suspiro de alma enamorada de Vos. Que mis últimas palabras sean: Os amo, Jesús mío. Que mi última mirada sea para Vos, mi amado. Que mi último movimiento sea estrechar vuestra imagen sobre mi corazón».

Este efusivo coloquio con el Señor, termina con estas palabras llenas de los sentimientos propios de lo que sería el resto de la vida de quien había de caminar con paso firme y voluntad decidida hacia el don del martirio, por él ya de algún modo anhelado y previsto: «Gran paz siente mi alma en estos instantes. Paréceme sería dichoso si la muerte me viniera en este momento. Vuestra víctima soy, ¡Señor!, ya lo sabéis. Vos, como queriendo firmar vuestro pacto, me habéis enviado en este día señalado para mis sacrificios especiales, día de penitencia, una alegría y dulzura por unos instantes a mi corazón; gustoso las acepto, y reitero, Señor, mi ofrecimiento de víctima y espero alcanzar la gracia que Vos sabéis. Vuestro hijo pródigo que he sido».

Estos párrafos de sus escritos resultan, en verdad, muy reveladores. Juan había tratado de seguir muy fielmente a Jesús, seguimiento en el que fue progresando con una muy generosa entrega. Esta «gracia que Vos sabéis» que el imploraba del Señor correspondía a un secreto que no logra mantener oculto y que aflora en diversos pasajes de sus escritos y en sus conversaciones. Se trataba, según se puede apreciar con claridad, de la gracia del martirio, que él no concebía como un hecho aislado, sino formando parte de un proceso de gracia divina y de generosa entrega por su parte.

## **Horizontes de espiritualidad**

Un caminante que va avanzando por caminos un tanto dificultosos, que serpentean por en una región montañosa y cuyo destino se vislumbra entre lejanas

cumbres, contempla unos panoramas cambiantes, pero que definitiva son aspectos variables de un mismo itinerario. Así ocurre también que en la ruta de todo fiel cristiano se descubren paisajes diversos, a veces austeros, a veces llenos de placidez y hermosura; en unas ocasiones los senderos se muestran sencillos y apetecibles, en otras parece que exigen un esfuerzo ímprobo o una especial reciedumbre. Algo semejante ocurre en las múltiples situaciones del cristiano que peregrina y al que se le ofrecen variedad de sistemas y métodos para avanzar en la vida espiritual, así como diversas escuelas y estilos de devoción y de formación espiritual.

La riqueza espiritual que Juan Huguet durante los años de su formación fue descubriendo en el seno de la Iglesia Católica, y concretamente en la diócesis de Menorca, no le resultó desconcertante. No era una situación crispada ni engorrosa. Él fue asimilando los diversos estilos de oración, las devociones más arraigadas, así como unos preciosos modelos de espiritualidad encarnados en santos y personas ejemplares que le sirvieron de estímulo.

Desde pequeño Juan se había sentido muy atraído hacia la veneración del misterio eucarístico. Jesús sacramentado, mediante la fervorosa participación en la santa Misa y la adoración al Señor presente en el Sagrario, era el foco principal de todo su vida de piedad. Al meditar sobre la Última Cena de Cristo conoce cuán profundo es este misterio, y acerca de esto escribía así: «¡La caridad de Jesús! Él queda, a pesar de las ofensas, ultrajes, desamor, sacrilegios, indiferencias, etc., en el sacramento del amor, como en aquella noche, ávido todo el mundo de su sangre, de atormentar su cuerpo; él se anticipa y nos da su cuerpo y su sangre en comida y en bebida, como para llegar a nosotros, pasa por sus campos sembrados de espinas de ingratitudes, sacrilegios, desamor, etc., esas montañas de hielo de indiferencia».

Juan desde su infancia había vivido ese espíritu eucarístico en la agrupación de los «tarsicios», o sea, los aspirantes de la Adoración Nocturna, asociación de hombres que había arraigado mucho en Menorca, de tal modo que los dirigentes nacionales de esta obra calificaban a la isla de Menorca como «la perla eucarística del Mediterráneo». Otro movimiento de piedad que conoció el seminarista fue el iniciado por el beato Manuel González, obispo de Málaga. Un compañero de Huguet recuerda que tenía sobre su mesa de trabajo el opúsculo de ese obispo titulado *El Corazón de Jesús al corazón del sacerdote*. Movido por esta espiritualidad, muy sentida por él, escribía: «Señor, habitáis bajo un mismo techo ¿y estáis tan solitario? [...] Que mi pensamiento, si corporalmente no puedo venir, vuele a posarse junto a vuestro tabernáculo y no sepa apartarme de él. Concédeme esta gracia, Señor ¡Cuán dichoso seré!».

Un movimiento espiritual muy difundido en Menorca era el de la devoción al Corazón de Jesús. Juan Benejan, el cura ecónomo de Ferreries, lo había difundido de un modo muy intenso entre la feligresía de su parroquia, lo cual había impresionado muy gratamente a Huguet cuando en 1933 fue con su familia a residir en esa población. Contemplando a Jesús en el camino del Calvario, Juan hacía esta reflexión: «...y cómo consoláis a las que por Vos lloran y cómo es traspasado vuestro corazón al encontrar a vuestra Madre».

La sagrada Pasión de Cristo era, en efecto, una de los temas de mayor arraigo en la espiritualidad de Juan Huguet. Era la roca firme en que se apoyaban sus anhelos de una donación y entrega total y generosa al Señor. Así escribía en sus apuntes de ejercicios espirituales: «El hombre lleva a la fuerza la cruz que le habéis dado Vos y que ha de servir para su salvación, y Vos, oh Señor, salís al encuentro de la cruz que debía llevar el hombre por sus pecado y que a Vos os ha de reportar la muerte».

Y en otra ocasión anotaba un hermoso pensamiento, que quizá habría escuchado en alguna plática, pero que él se hacía plenamente suyo: «Hemos de morir en la cruz.

Para ello podemos nosotros mismos clavarlos en ella de pies y mano, pero la otra será necesario que otro nos la clave, por ignorancia o por malicia; siempre tendremos quien fuera de nosotros nos clavará la otra mano; agradezcámoslo orando por él y seamos contentos del beneficio que, por ignorancia o por malicia del otro, nos presta Dios».

De santa Teresa del Niño Jesús aprendió Juan Huguet una espiritualidad muy profunda, pero sin mengua de sus notas de amabilidad y de plena confianza en el amor del Señor. Juan conoció a Teresa de Lisieux a través de la Hermandad Carmelitas fundadas por el beato Francisco Palau, que tenían casa en Alaïor y en cuya capilla él había servido de monaguillo. Leyó sus escritos autobiográficos, la *Historia de un alma*, quedando él para siempre marcado por la doctrina y las vivencias espirituales de esta carmelita que fue beatificada en 1923 y canonizada en 1925, o sea, el tiempo en que Juan ingresaba en el Seminario. Considera el «camino» enseñado por la santa como un don que el Señor le ofrece para llegar a la meta de la santidad, y lo expresa así: «Señor, ya sabéis que nada valgo, que nada puedo, que soy muy flaco, que soy muy débil. De Vos, pues, todo lo espero por el camino de Teresita; en el de su infancia espiritual espero me conduciréis, que en otros desmayaría».

Manifestó también que deseaba que su última palabra fuera «la de santa Teresita: Jesús mío, os amo». Y así fue en verdad, pues el grito de profesión de fe que en su última hora salió de su boca y de su corazón manifestó un amor, que es más fuerte que la muerte.

## **La Virgen María y San José**

Ya hemos tenido ocasión de comprobar con cuánto fervor se encomendaba Juan a la protección de la Virgen y cómo la amaba tiernamente. En sus escritos y apuntes aparecen constantemente ese amor y esa confianza. En el tiempo de retiro espiritual se acoge a ella con sentimientos de filial seguridad: «A mi buenísima madre María, para que me cobije bajo su manto; canal por el que nos vienen las aguas purísimas de la gracia; dispensadora que es de los tesoros de su Hijo».

A la madre del Señor le encarga que guarde ella esos tesoros que la bondad divina le concede: «Madre mía, ayudadme en esta empresa ardua de acumular riquezas y tesoros que me ganen la gloria; guardad estos tesoros Vos, mi celestial Señora, y el día de las cuentas presentadlos a vuestro Hijo, mi juez, teniéndome siempre bajo vuestro azul manto, y debajo de él entradme en la gloria. Sed mi abogada en el día del juicio y ganaré la causa, pues imposible es que el que os tiene por abogada se condene. Madre mía, hacedme esta gracia».

En la contemplación de los misterios del nacimiento y de la infancia del Salvador, no puede menos de volver sus ojos a la Virgen. Él piensa en Jesús, «encerrado en las entrañas de la Virgen purísima» y contempla a María «estrechando contra su corazón a Jesús recién nacido». A ella le habla de este modo: «Madre mía amantísima, Vos que defendisteis cuanto pudisteis a vuestro hijo para que no sufriera tanto los rigores del frío, protegedme también a mí para que sepa soportar las embestidas de mis enemigos [y que] sus combates no sean tan fieros que no sepa vencerlos, y bajo vuestro manto y de vuestra mano guiadme hasta la Patria verdadera».

A Jesús le pedía la gracia de unirse a su Pasión en todas las circunstancias de la vida: «Que sepa escalar junto con Vos y vuestra santísima Madre la dolorosa cumbre del Calvario, de humillaciones, cruces y todo lo que en penitencia de mis pecados tengáis a bien mandarme». Sin duda, el Espíritu Santo le impulsaba a desear y a prepararse para que su muerte se asemejara a la de Jesús. Dirigiéndose a la Virgen le

decía: «Madre mía, alcanzadme una verdadera devoción a la pasión de vuestro Hijo; que ame a Cristo, y a Cristo en la cruz; que sepa también como vuestro Hijo, morir en la cruz, y tendré la dicha de recibir también como él, el estrecho abrazo que me daréis y que será por toda una eternidad».

Juan que se había formado de niño en el Colegio de San José de los Hermanos de La Salle, profesó siempre una gran devoción al santo Patriarca. Dejó escrito un brillante panegírico, compuesto probablemente con ayuda de algún sermionario, pero que refleja sus sentimientos personales de amor y veneración al esposo de María Virgen. He aquí algunos párrafos:

«¡Con qué amor sería amado de su celestial esposa la Virgen María! Si tantas pruebas de amor nos está dando a cada instante esta queridísima Madre nuestra a nosotros pecadores, hijos ingratos, que de continuo nos roba el corazón, ¿quién podrá adivinar, en conjetura siquiera, el que a su santo esposo tendría?».

Comentando el texto que la liturgia aplica a san José: «Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria está envuelta en bendiciones» (*Eclo* 45,1) afirma Juan que el santo Patriarca es también amado especialmente por los sacerdotes: «Lo ama el sacerdote al verle perfecto modelo que imitar en el modo de tratar a Jesús en la Eucaristía».

En otros apuntes, que pueden estar inspirados en alguna obra de estilo brillante, escribe así: «La Iglesia de nuevo nos presenta hoy, en la nacarada concha de su liturgia, una de las perlas más preciosas que circundan y forman corona en derredor de Jesucristo. Adivina, alma: Es el glorioso patriarca San José, al esposo de nuestra madre y maestra, al padre nutricio del Salvador, a quien la Iglesia nos presenta reverberando los ríos de la luz de santidad que fluyen del sol de justicia, transformándolos en apacible y hermoso arco iris, para que mejor podamos apreciar los componentes de la santidad, y no nos ceguemos al fijar nuestra mirada humana en los divinos fulgores que fluyen de Jesucristo».

## Por el Reino de Cristo

La Iglesia Católica durante el pontificado de Pío XI (1922-1939) avanzaba por caminos de entrega y de sacrificio. Era el período, que se ha llamado de «entre guerras», en el cual, sin embargo, la paz en Europa se sentía amenazada. El lema del Pontífice era, a ese respecto muy significativo: *Pax Christi in regno Christi*. Además, se veía que para la implantación difusiva del Reino de Cristo era preciso poner remedio a la progresiva descristianización de la sociedad europea. Se trataba de unos retos que implicaban una acción restauradora especialmente en los países de antigua tradición cristiana, organizando unas nuevas fuerzas en el seno de la Iglesia, y muy en concreto la Acción Católica.

El 23 de diciembre de 1922 Pío XI publicaba la encíclica *Ubi arcano*, en la que ya se proponía la doctrina católica sobre el reinado de Cristo, pero fue el 24 de diciembre del años santo de 1925 cuando en una nueva encíclica *Quas primas* instituía la fiesta litúrgica de Cristo Rey. Todo ello dio lugar al florecimiento de una espiritualidad marcada por un anhelo y un esfuerzo para que todos los fieles cristianos se implicaran en la difusión del reino de Cristo.

Estas tareas no resultaban de fácil ejecución, e incluso se preveía en medio del progreso del laicismo que muchos cristianos auténticos habrían de sufrir e incluso podrían sucumbir en el empeño, aunque bajo una visión de fe nunca quedarían defraudados. Se percibían, sin embargo, realidades y proyectos muy sugestivos. Se



hablaba del «siglo de las misiones», de la ingente labor de la Acción Católica, del «reinado social de Jesucristo». Todos estos proyectos quedaban muy vinculados al título de Cristo Rey, que incluso los superaba en gran manera, puesto que la realeza de Cristo tiene un fundamento bíblico y forma parte del núcleo de la fe. Jesús, en efecto, con su muerte y resurrección ha instaurado su Reino sobre el universo.

Estos ideales sobre la difusión del Reino de Cristo marcaron profundamente la vida y la espiritualidad del generoso seminarista Juan Huguet. Ya se ha visto que él en los ejercicios espirituales de 1934, se ofrecía de todo corazón al Señor para formar parte de una Iglesia militante en el sentido apostólico de esta expresión tradicional, por lo cual invocaba «a Jesús, mi Rey y Capitán, mi ejemplar y modelo, el que me llamó para que le siguiera». En consecuencia, dirigía a Jesús esta súplica: «Sí, Jesús mío, por vuestro amor, por el amor que me tenéis, por el amor que os profeso y quiero que vaya en aumento de día en día, quiero lo que Vos queréis de mí, que sea un santo y un enamorado de Vos. En cuanto a amaros, empiezo, Señor, a quererlos de veras, pero aumentad mi amor. En cuanto a santo, ¡qué lejos estoy de la santidad [...] En vuestras manos me pongo, modeladme a vuestro gusto».

Al recibir las órdenes menores, junto con el rito de la tonsura, Juan escribía una tarjeta a sus padres en la que les decía: «Mis muy amados padres. Sirva la presenta ante todo para manifestarles que esta mañana he recibido las dos últimas órdenes; pueden figurarse la alegría que experimento al verme vestido de sacerdote. Espero la llegada para abrazarles». Esto era para él un claro signo de su consagración.

El joven seminarista no era un iluso que pensara haber alcanzado una categoría social un tanto elevada. Sopesaba de un modo realista los problemas y las persecuciones que la Iglesia había de afrontar y presentía que la situación se iría agravando, pero sabía interpretar los acontecimientos del pasado y los que pudieran sobrevenir, y lo evaluaba bajo la luz de la fe. En la alocución que tuvo en Ferreries el 8 de junio de 1934, al inaugurarse el local de una hermandad laboral de orientación católica, había dicho: «En estos tiempos en que el mar embravecido de la sociedad lanza sus olas contra la Iglesia de Cristo, para hacerla sucumbir y desaparecer, si posible fuera; en que los impíos creen llegada su hora, consolador será para nosotros, hijos de la Iglesia Católica, y causa de confusión para sus enemigos recordar su indefectibilidad».

En las organizaciones de Acción Católica se cifraban las mejores expectativas para la recristianización de los pueblos. Huguet ponía de relieve, como aparece en un discurso conservado entre sus papeles y probablemente redactado por él mismo, que a través de una buena enseñanza del catecismo, o sea, de una sólida formación doctrinal, era cómo se obtendría una sólida fidelidad, ya que en ello se incluye la verdadera formación de las conciencias. Recordaba a los compañeros del seminario la importancia de instruirse en la apologética, a la que llamaba «creadora de convicciones en materia de religión». Y añadía: «No dudo que, vista esta necesidad, nos dedicaremos con todo ahínco al estudio de la apologética».

Atraer a las personas alejadas que no son conscientes del amor de Cristo es un ideal que iba marcando todos los pasos del juvenil caminar de Juan Huguet y que le llevaría al supremo testimonio del amor.

### **Se preveía una gran tribulación**

Las perspectivas de una posible persecución religiosa se iban acercando a la vida de la Iglesia en Menorca. Si antes habían llegado testimonios de la lejana nación de México, pronto se tuvo noticias alarmantes mucho más cercanas. Los acontecimientos

de octubre de 1934, ocurridos en Cataluña y en Asturias fueron de una gravedad extrema. Treinta y tres fueron los sacerdotes y religiosos inmolados entonces en Asturias, algunos de los cuales ya han sido canonizados. En Menorca estas noticias causaron conmoción. Un año después lo comentaba así el diario católico de Ciutadella, *El Iris*: «Oviedo, la ciudad mártir, enseña aún muchos de sus edificios en ruinas y recuerda a sus hijos encarcelados y perseguidos, a sus sacerdotes y religiosos asesinados de la manera más inhumana, a sus centros culturales e iglesias destruidos, a sus bancos y casas de comercio asaltados y al populacho ebrio de sangre dueño por unos días de las calles y de las plazas. Poco tiempo bastó para destruir y arruinar la obra de siglos» (*El Iris* 8-10-1935). Aquello vino a ser como un ensayo de lo que iba a ocurrir en 1936.

Algunos sacerdotes menorquines no consideraban que en la isla pudiera ocurrir algo parecido. No percibían con claridad la situación. Se sentían confortados por el éxito obtenido con una amplia adhesión a las asociaciones piadosas y con la actividad de las obras católicas de carácter social, educativo y apostólico, no prestando la debida atención a gran número de los que se iban alejando de la fe. Bastantes miembros del clero, en cambio intuían que podría desatarse también en la isla la violencia contra la Iglesia.

Juan Huguet conocía bien el peligro de persecución que podría afectar a Menorca. En la pequeña ciudad de Alaior existía una fuerte confrontación entre sus vecinos que afectaba a la política y a la religión. El anticlericalismo y la increencia llevaban ya un largo tiempo de existencia. En una llamada «Escuela libre» se seguían las tendencias del ideólogo Ferrer Guardia que consideraba a la religión como un «prejuicio» que consideraba ser «uno de los que más se oponen a la emancipación intelectual de los individuos». Estas ideas antirreligiosas y escuelas del mismo cariz se habían establecido también en otras poblaciones de la isla. Los Hermanos de La Salle en Alaior fueron objeto de insultos y amenazas. Esta difusión de ideas y de actitudes entre los habitantes de Menorca eran asuntos que creaban una singular inquietud y una profunda tristeza en el alma de joven seminarista.

Uno de sus compañeros de Seminario recuerda que Juan sentía «preocupación por la situación de la Iglesia en España en aquellos años de la segunda república», pero reconoce que no se trataba de una cuestión de ideología política, sino de una ansiedad, por la situación religiosa del país. El hecho de que nunca se había significado en cuestiones políticas lo atestiguan todos los testigos de su martirio.

Las medidas que iban tomando las autoridades en relación con instituciones de la Iglesia le tenían preocupado como se pone de manifiesto en cierta carta que escribió a un sacerdote pariente suyo, Miguel Villalonga, en la que le decía: «En verdad que pasamos tiempos azarosos. El jueves próximo pasado vinieron la Comisión Gestora y el Inspector Sr. Socías a visitar el Seminario, para ver si les serviría para escuelas municipales; según parece no les gustó debido a lo húmedo que es. ¡Bendita humedad! Sin embargo, la Comisión sigue en sus trece de tomarlo. Nada imposible es, Dios no lo permita, que a la hora menos pensada lo ejecuten, ya que han sido capaces de cerrar y sellar la capilla del Hospital sin previo aviso y con el Reservado dentro, que fue después sacado, previa solicitud. Supongo que también estará enterado del cierre del Colegio de las Hermanas Franciscanas de Ferrerías. Se ve que todos los tiros de la impiedad se dirigen a la inteligencia y al corazón del niño. ¡Dios no permita que se logre formar una generación de inteligencias y de corazones pervertidos!».

Estos temores y angustias se ponen muy de manifiesto en un artículo que Huguet publicó en *Nuestra Hoja* (mayo-junio de 1933) con motivo del 25º aniversario de la fundación del Colegio de La Salle de Alaior. Lleva un título muy significativo: *Alegría y lágrimas*. En él escrito se imagina oír el llanto de un niño, y dice: «Es el alumno de

nuestro Colegio, es el discípulo de los Hermanos que, cual vidente, fijos los ojos en el futuro, adivina lo que les espera en tiempos no muy lejanos, a él y a sus amados maestros en nuestra querida Patria, y no puede menos de gemir y deshacerse en tierno llanto, al mismo tiempo que levanta sus manecitas y corazón al cielo implorando de Dios misericordia y auxilio. Ve cómo se fabrican en el taller del sectarismo escobas satánicas para barrer de nuestra amada España toda institución religiosa...». Manifiesta Huguet con toda claridad su temor de que la infancia se vea «bajo la opresora zarpa de un maestro ateo, de un maestro impío».

No le faltaba ciertamente a este fervoroso joven la confianza en el poder de Dios y en la fuerza de la verdad, y sabía valorar como una gracia extraordinaria los heroicos testimonios que preveía se iban a producir en un futuro próximo, pero, al mismo tiempo, tenía una mente lúcida y realista, e intuía que habría grandes quebrantos en los valores espirituales y que las consecuencias serían muy dolorosas para toda España y concretamente para la isla de Menorca.

### **Ordenación sacerdotal**

El 22 de diciembre de 1935 Juan Huguet recibió en la ciudad catalana de Vic el subdiaconado, dado que el obispo coadjutor de Menorca había sido trasladado a Ibiza y el obispo diocesano estaba imposibilitado por su extrema ancianidad y total ceguera. Por entonces a esta orden iba unido el compromiso definitivo de servir a la Iglesia y guardar el celibato. Juan se hallaba bien preparado para dar este paso de entera consagración y dispuesto para un seguimiento fiel de Jesucristo, a quien se encomendaba suplicándole que su pecho fuera «una hoguera que abrase todo mi ser en amor hacia Vos» y se mostraba bien convencido, como lo anotaba en un cuaderno espiritual, de que «la virtud no insensibiliza el corazón, sino que eleva sus actividades».

El 20 de marzo de 1936 fue ordenado diácono en la capilla del palacio episcopal de Barcelona. Veía con gozo que se acercaba a la ansiada meta del sacerdocio. Sus compañeros de Seminario, según testimonio de Pedro Salord, veían que en su espíritu se realizaba un notable progreso espiritual, que se transparentaba incluso en su porte exterior.

La ordenación sacerdotal le fue conferida el 6 de junio de 1936 en la capilla del Seminario de Barcelona por el obispo Manuel Irurita, el cual también moriría mártir pocos meses después de Huguet. Por el testimonio de uno de los seminaristas de Menorca que había acudido a recibir otras órdenes, sabemos que el obispo ordenante en la plática de la ceremonia sagrada les dijo: «Estáis destinados a la muerte y al sacrificio», palabras que habían de resultar proféticas en la persona del propio obispo, en la de Juan Huguet y en la de otros de los que se ordenaban aquel día.

Juan se había preparado muy fervorosamente para la ordenación de presbítero que le configuraba con Cristo sacerdote. Se hallaban con él varios compañeros de Menorca que recibían otras órdenes, entre ellos su buen amigo Gabriel Pons de Alaïor. También le acompañaba su hermano Francisco Huguet. Los tres se hospedaron en casa de unos familiares de Gabriel, que residían en Barcelona, calle «Pou de la Cadena». Su estancia en la Ciudad Condal fue de unos cuatro días. En la horas libres visitaron un colegio de los Hermanos de La Salle, el santuario del Corazón de Jesús en el Tibidabo, pero no otros lugares que no tuvieran carácter religioso, según nos informaba su hermano Francisco,

El obispo don Manuel Irurita era muy espiritual y un prelado lleno de celo apostólico. Solía decir que nada le hacía tan feliz como el conferir a los seminaristas

ordenes sagradas. Debió tener con Juan Huguet alguna conversación más o menos privada, pues sabemos que quedó gratamente impresionado de su intensa espiritualidad. En efecto, algunos días después de haber regresado Juan a Menorca, se recibió en su casa la visita de una señora que residía en Barcelona y que poseía una finca rústica en el término de Ferreries. Ella les dijo que había hablado con el obispo Irurita, el cual le había manifestado que en aquellos días había ordenado a varios seminaristas de Menorca y que uno de ellos era o sería un santo. A Juan, a causa de su humildad, no le complació esta conversación y comentó que le había hecho perder el tiempo al impedirle acudir a la iglesia para el rezo del Rosario.

### **Primera Misa**

El 21 de junio de 1936 fue la fecha escogida para la celebración de la primera misa del novel sacerdote. El plazo de unos quince días transcurridos entre la ordenación y la primera misa fue debido a circunstancias ajenas a la voluntad del nuevo presbítero. Sus hermanos recuerdan que él sentía un gran gozo en aquellos días previos a la celebración, y que el pueblo se volcaba en manifestaciones de afecto y estima hacia su persona, de lo cual él estaba como muy sorprendido. Con los obsequios en especie que sobre todo la gente del campo le ofrecía fue posible, que, aun tratándose de una familia con pocos recursos se pudiera preparar lo necesario para atender a los invitados que acudieron desde otros pueblos.

La celebración de la Eucaristía tuvo lugar en la iglesia parroquial del pueblo, dedicada a san Bartolomé. Actuaron como presbíteros asistentes el Rector del Seminario don Pablo Brunet y el cura de Ferreries don Juan Benejam. Ambos darían su vida con muerte martirial pocos meses después de Juan Huguet. Fueron padrinos de honor el Rvdo. D. Miguel Villalonga, sacerdote pariente suyo, y D<sup>a</sup>. Josefa Rossiñol viuda de Squella, que le había costado la pensión en el Seminario.

El sermón corrió a cargo del jesuita P. Ignacio Corrons, celoso y elocuente predicador que por aquellos días se encontraba en Menorca. Se dijo, después de ocurrido el martirio, que esa predicación había sido como un anuncio del supremo testimonio dado un mes después por el nuevo sacerdote. Años después volvió a la isla el jesuita y manifestó a los padres de Juan Huguet que efectivamente él había predicado como si actuara bajo un impulso superior, apartándose de los conceptos que tenía preparados.

Al final el novel celebrante impartió la bendición papal, ya que Pío XI había concedido esta facultad a los seminaristas que habían peregrinado a Roma en 1929. Se terminó con el canto del *Te-Deum* y el besamanos. El canto polifónico de la misa fue realizado por la *Schola Cantorum* del Seminario dirigida por el joven sacerdote Antonio Pons, quien también sería inmolado como mártir.

Acudió a la solemne misa nueva de Juan mucha gente de Alaior, su pueblo natal, en donde tenía él muchos familiares y amigos. Entre estos alayorenses había un niño de unos nueve años de edad, Juan Meliá Triay, que tenía algún parentesco con el noven sacerdote. Éste le puso la mano sobre la cabeza, diciéndole: «A ver, ¿cuándo serás tú sacerdote?». Él guardó siempre amorosamente este recuerdo de la infancia. Llegó a ser sacerdote, ordenado en 1951, y se distinguió por sus eminentes estudios en Sagrada Escritura. Fue director de la Casa de Santiago en Jerusalén, pero murió prematuramente cuando se podían esperar muchos frutos de su labor sacerdotal.

Juan Huguet había escogido como lema que hizo imprimir en las estampas recordatorio de su primera misa las palabras de san Pablo: «Cristo lo es todo en todos»

(Col 3,11). La elección de este texto significaba todo un programa de vida. Escribiendo a su amigo Gabriel el día antes de su primera misa, le pedía que se acordara de rezar por él a fin de que «se ajuste del todo mi vida al lema que escogí como guía y norte de mis deseos: *«Omnia et in ómnibus Xtus»*».

Una crónica que se publicó en *El Iris*, redactada por Abelardo Benítez, finalizaba implorando «que el Señor le conceda una larga vida sacerdotal llena de méritos y virtudes, que hagan brotar espontáneamente de los corazones la frase que la Santa Iglesia aplica a los grandes sacerdotes: *Ecce sacerdos magnus*». No se realizaría el deseo de una vida prolongada, pero sí que se convertiría en una espléndida realidad la aclamación: «He aquí un gran sacerdote», elegido por Dios como *un sacerdote fiel que obre según mi corazón (1San 2,35)*.

### **Postrera consagración a Cristo**

A su amigo Gabriel Pons Jover, de Alaior, el cual se había ordenado de diácono cuando Juan se ordenó de presbítero, le escribía poco después de su primera misa y lleno de gozo le decía: «Puedes creer que nunca como ahora Había sido tan feliz. Ya he dado casi 300 comuniones. En el Santo Sacrificio no me olvido, y Dios mediante, no me olvidaré nunca de mis buenos amigos». Debieron ser días de una gran plenitud espiritual. ¡Ojalá hubiera puesto él por escrito sus íntimos sentimientos, como lo hiciera en los ejercicios espirituales unos años antes! Debió considerar la frase de la Sagrada Escritura: «Es bueno mantener oculto el secreto del rey» (*Tob 12,7*).

Después de su primera misa celebraba Juan la Eucaristía con gran fervor a hora temprana en la parroquia de Ferreries, excepto unos pocos días en que la celebró en los oratorios de dos fincas rurales, llamadas «Santa Ponça» y «Ses Fonts Rodones». Se ocupaba en la preparación de unas pláticas que el párroco le había encargado.

No podemos olvidar que en aquellos días veraniegos la gente de Ferreries y de todo el campo menorquín estaba ocupada en las intensas labores de la recolección de la cosecha de cereales. El pueblo permanecía muy sosegado. Sólo el corretear de algunos niños daba vida a las casi desiertas calles de la villa. Pero a la vez iban llegando inquietantes noticias acerca de la situación nacional. El día 13 de julio fue asesinado el político Calvo Sotelo. Según refería la madre de Juan Huguet, esta fue la única ocasión en que él hiciera en su casa una referencia a la situación política, diciendo: «No sé dónde vamos a parar, la cosa se enreda mucho». Efectivamente se avecinaban para España unos muy dramáticos acontecimientos y una feroz persecución contra la Iglesia.

Una vez fracasado en Menorca el alzamiento militar del 18 de julio, desde el día 23 se afianzó un dominio violento sostenido por los elementos izquierdistas de la clase de suboficiales del ejército, y que era apoyado por los individuos más extremistas y revolucionarios de la isla o llegados de fuera por diversos motivos. En seguida se iniciaron actos de violencia y de persecución contra la Iglesia, siguiendo consignas recibidas sin duda de poderosas organizaciones y de movimientos subversivos. No faltaron, sin embargo, personas de ideología izquierdista que estaban en claro desacuerdo con este modo de proceder.

El 22 de julio había llegado a Ferreries la noticia de que en Alaior había sido clausurada la iglesia parroquial. En previsión de lo que pudiera ocurrir, el cura de Ferreries decidió trasladar la Reserva Eucarística a la casa rectoral. En este acto estuvieron presentes el coadjutor y Juan Huguet, junto con la hermana del rector de la parroquia y algunas otras mujeres piadosas. Se rezó un acto de consagración que el cura

no logró recitar íntegramente a causa de la emoción que le embargaba, concluyéndolo Juan que estaba más sereno.

No habiendo ocurrido durante ese día ningún intento de violencia contra la iglesia del pueblo ni contra sus sacerdotes, las Especies Eucarísticas fueron de nuevo depositadas en el sagrario y el día 23 se celebraron en la iglesia las misas en el horario acostumbrado. Juan celebró por última vez la Eucaristía. Esta fue la 33ª de las misas por él oficiadas, sin contar la concelebrada en su ordenación sacerdotal. Esta postrera celebración fue precisamente en jueves, día de la semana en la que se recuerda la institución de la Eucaristía y del sacerdocio. Juan era el más joven de los sacerdotes de Menorca y en ese día iba a subir al altar del Señor en el cielo, uniéndose para siempre con Dios que era la alegría de su juventud (cf *Sal* 42,4).

Esta última misa la celebró Juan Huguet en la capilla del Santísimo Sacramento junto a la imagen del Sagrado Corazón y con la asistencia de un grupo de personas piadosas. Le ayudaba como monaguillo un niño de unos seis años de edad, de familia muy cristiana, el cual había ya recibido la primera comunión. Unas horas después este niño fue hacia su madre y, sentándose sobre sus rodillas, le hizo una confidencia diciéndole que mientras ayudaba la misa al Sr. Huguet y cuando éste alzaba el cáliz, él había visto en lo alto una figura como de tamaño natural, que era un joven con vestidura blanca y con los brazos extendidos en forma de cruz y mirando hacia el cielo. Cerca de él había tres individuos de mala catadura que estaban en actitud de apedrearle. La madre del niño, que era amiga de la de Juan Huguet fue a contárselo por la tarde, y ésta, como es natural, se sintió preocupada por lo que pudiera pasarle a su hijo.

Las personas que posteriormente tuvieron noticias acerca de esta visión la relacionaron con el protomártir de la Iglesia san Esteban y con la muerte gloriosa de este primer sacerdote mártir de Menorca. Es de notar que la diócesis menorquina tiene una especial veneración hacia san Esteban, ya que en el siglo V algunas reliquias suyas fueron llevadas a la isla, como consta en la famosa carta del obispo Severo y por otros documentos de la antigüedad cristiana.

Juan Huguet probablemente no tuvo noticia alguna de lo ocurrido al pequeño que le había ayudado la misa, pero sí que se preparó para su gloriosa entrega martirial renovando una vez más su ferviente consagración a Cristo. Lo relataba así Bartolomé Febrer, quien por entonces era un seminarista de Ferreries y después fue sacerdote, ahora ya fallecido: «Día 23 los Rvdos. Sacerdotes que con imponderable celo había apacentado las almas de Ferrerías son trasladados a Mahón, permaneciendo presos en la cárcel del partido. Pues bien, en vista de tan desagradable acontecimiento, el Sr. Huguet Pbro., sobre las dos de la tarde, traslada otra vez el Santísimo Sacramento desde el sagrario a la misma sala de la Rectoría (donde había sido guardado el día anterior). Allí en presencia de unas pocas personas devotas y a propuesta del mismo Sr. Huguet se hace un acto de ofrecimiento de todo Ferrerías al Sagrado Corazón y luego otro de sí mismos. ¡Cuán pronto se lo aceptó el Señor! Al poco tiempo el Sr. Huguet llevaba a Jesús a su propio domicilio guardándolo en su aposento en el que al cabo de pocas horas estaría su cuerpo ya cadáver».

En casa Juan comentó con su madre que no sentía miedo, pues tenía puesta toda su confianza en el Señor. Advirtió a los suyos que, si a él le pasaba algo, cuidaran con mucho esmero las sagradas Especies y que si advertían algún peligro de que pudieran ser profanadas las consumieran sin temor alguno. Muy pronto pasaría él desde la presencia de Jesús sacramentado a la contemplación del rostro del Señor, después de haber dado el supremo testimonio de fe y estando unido para siempre al coro glorioso de los mártires de Cristo.

## Gloriosa muerte por Cristo

Al atardecer del 23 de julio, cuando los últimos destellos de la luz del día envolvían la silueta de la iglesia y de las humildes viviendas de Ferreries, llegaban a la villa unos automóviles cuyos ruidos no dejaron de inquietar a los pacíficos vecinos del lugar, habida cuenta del desarrollo de los acontecimientos de aquella jornada. En uno de esos coches llegaba el brigada Pedro Marqués, que se había hecho cargo del gobierno militar de la isla después de haber sido desarmados y recluidos los mandos superiores. En una camioneta iba un grupo de gente armada formado por guardias de asalto y unos cuantos soldados o milicianos. Dicho comandante militar se presentó en el local de Ayuntamiento y mandó que fueran conducidos a su presencia los dos sacerdotes que quedaban en la población y otras personas significadas por su colaboración con la parroquia.

Tres guardias o milicianos, pistola en mano, se presentaron en el domicilio de Juan Huguet y le ordenaron que fuera con ellos a la Casa Consistorial. Estaban con él en la vivienda sus hermanos Vicente y María. Juan en seguida se dio cuenta de que la separación de sus seres queridos podía ser definitiva, y por eso se despidió abrazándoles y diciendo: «Adiós, si no nos hemos de volver a ver». Entonces salió de la casa custodiado por los guardias. Su hermana María, que contaba unos diez años de edad le iba siguiendo por la calle, hasta que él le dijo que regresara a casa. Llevando a Huguet con ellos, los milicianos fueron a buscar a otro sacerdote, Jaime Mascaró que era superior del Seminario y aquellos días estaba en casa de su familia.

Al llegar la comitiva al Ayuntamiento, estaban ya allí detenidas cuatro personas. Al entrar el sacerdote Jaime Mascaró saludó, diciendo: «Buenas noches». El comandante militar contestó groseramente: «¡Qué buenas noches! ¡Ahí, canallas», haciendo señas de que se colocaran junto a los otros detenidos. Juan fue el primero en entrar, pues el otro sacerdote instintivamente había retrocedido. Entonces el mismo jefe les dijo: «¡Quitaos ese ropaje, granujas!».

Ellos obedecieron; y al quitarse Juan la sotana apareció que llevaba pendiente un crucifijo, quizá unido a un pequeño rosario. Entonces el comandante agarró despectivamente aquel objeto religioso y sosteniéndolo con su mano izquierda a la altura del rostro del joven sacerdote al que apuntó con la pistola y le dijo: «Escupe ahí, escupe ahí, que si no te mato». En el rostro de Juan se reflejó una honda impresión. Debió darse cuenta de que llegaba el momento presentido desde hacía mucho tiempo. Movi6 la cabeza haciendo señal de negación, y al cabo de un instante alzó los ojos hacia arriba, extendió los brazos en cruz y con voz fuerte y segura exclamó: «Viva Cristo Rey!». Seguidamente el comandante le disparó dos tiros a la cabeza. Al recibir el primer disparo el sacerdote mártir se tambaleó y al segundo se desplomó, cayendo al suelo y derramando copiosamente su sangre.

El brigada Marqués salió del local, queriendo aparentar serenidad y coraje, pero quizá interiormente asustado del crimen cometido, y se fue en busca del alcalde del pueblo que se hallaba en su domicilio, para comunicarle que había dado muerte al joven sacerdote por haber gritado «Viva Cristo Rey», y encargándole que al día siguiente fuera enterrado, y después se dirigió hacia Mahón, donde también fueron conducidos algunos de los detenidos, quienes llegaron a la cárcel en la que había bastantes sacerdotes, y mostraron sus ropas empapadas en la sangre del mártir que había caído junto a ellos al dar su precioso testimonio de fidelidad a Cristo.

Juan Huguet que se hallaba moribundo fue trasladado a unas dependencias del ayuntamiento y fue tendido sobre la cama del conserje o vigilante nocturno. Allí

acudieron a atenderle sus propios padres y otras personas. El médico del pueblo D. Jaime Borrás, a pesar de sus esfuerzos, no pudo salvar aquella vida ya heroicamente entregada a Dios. Juan estaba agonizando y, según parece, estuvo inconsciente desde que hubo recibido los dos disparos en la cabeza. Allí mismo le fue administrada la Santa Unción. Es un caso bastante singular el de que un mártir que aún estaba derramando su sangre, fuera ungido con el óleo santo, signo de fortalecimiento y garantía de fidelidad en las horas de dolor.

Pasadas las nueve de la noche, se durmió en la paz del Señor este sacerdote fiel, recién ordenado, pero ya maduro en el amor. Jesús, con quien este joven sacerdote se sentía tan íntimamente unido, quiso tenerle muy pronto junto a sí en el cielo, al haber recibido la ofrenda de su vida y de su labor sacerdotal que apenas había comenzado a saborear.

### **En la paz de Cristo**

Después que el joven sacerdote y mártir de Cristo hubo expirado, su padre ayudado por otra persona trasladó su cuerpo al domicilio familiar, donde su madre con sus propias manos le revistió con los ornamentos sacerdotales que había llevado el día de su primera misa. La sencilla casulla blanca con flore estampadas veía a ser un símbolo del maravilloso florecimiento de su entrega sacerdotal.

Durante la noche y el día siguiente se puede decir que fue todo el pueblo que estuvo desfilando ante los venerables restos mortales del sacerdote recién consagrado y al poco tiempo inmolado. Muchos besaban sus manos unguadas, como lo habían hecho el día de su primera misa mientras se cantaba el *Te-Deum*. Acudieron incluso personas que eran consideradas como de ideología de izquierdas, quienes lamentaban y condenaban el crimen perpetrado. Unos soldados que el comandante había mandado que permanecieran en el pueblo comentaban admirados esta afluencia de gente y decían: «¡Cuanta simpatía tenía este curita».

En este día 24 de julio, vigilia de la fiesta de Santiago, sobre las dos de la tarde los sagrados despojos del sacerdote mártir fueron transportados al Campo Santo, con cruz alzada que llevaba un piadoso vecino del pueblo y con acompañamiento de un buen grupo de hombres, algunos de los cuales iban con cirios encendidos. En Menorca no era costumbre que las mujeres participaran desfilando en los entierros. El pequeño grupo de soldados que, que permanecían en el pueblo, al pasar la comitiva presentaron armas en señal de respeto.

Sobre el ataúd había una estola y un bonete, símbolos que se acostumbraba que figuraran en las exequias de los sacerdotes. Si la comitiva de hombres no fue multitudinaria era debido a que muchos estaban en el campo ocupados en las urgentes tareas de la recolección de la cosecha. Al propio tiempo por el precioso testimonio de Juan se iniciaría la recogida de una copiosa cosecha martirial y de muchos frutos espirituales en el campo de la Iglesia de Menorca.

El anciano obispo de Menorca don Juan Torres, ciego y enfermo, pero que conservaba su mente del todo lúcida, muy pronto tuvo conocimiento de lo ocurrido al más joven de sus sacerdotes. Le consideró evidentemente como un mártir de la fe, y por eso lleno de emoción mandó decir a los familiares que guardaran sin lavarla toda la ropa empapada en sangre, ya que ésta había sido derramada por Cristo.

El día de apóstol Santiago, patrón de España y el primero de los apóstoles en dar su sangre por la fe de de Cristo, en el cuerpo de nuestro mártir, por prescripción forense, se practicó la autopsia y a continuación lo colocaron en un sepulcro individual



del cementerio del pueblo. Cumplieron lo ordenado el médico de la villa don Jaime Borrás y el del vecino pueblo de Mercadal don Jaime Gomila. El Dr. Borrás declaró más tarde que habían realizado lo prescrito sin mutilar ni destrozarse el cadáver por el gran respeto que les merecía.

Los restos del mártir descansaban ya en la paz de Cristo, como signo y garantía de florecimiento de la fe mediante una renovada evangelización, conforme a las palabras de Jesús; «Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da mucho fruto» (cf. Jn 12,24).

### **La conversión de Pedro Marqués**

Entre los frutos espirituales del sacrificio de Juan Huguet destaca con el resplandor de una gran esperanza el arrepentimiento del que le había dado muerte, a lo cual debió contribuir en gran manera la intercesión del mártir. Aquel militar, en efecto murió con muy claras señales de sincero arrepentimiento y de haber obtenido el perdón de Dios.

Ya durante la contienda civil española el infeliz comandante militar había manifestado de algún modo su pesar por el crimen cometido. Una persona que le conocía bastante a fondo, porque, a pesar de ser de opiniones políticas muy distintas, frecuentemente le acompañaba en sus consumiciones por los bares, manifestó a un seminarista que después fue sacerdote, Guillermo Coll Allés, que Pedro Marqués varias veces le había dicho: «No puedo apartar de mi mente a aquel joven sacerdote a quien maté». Y el compañero comentaba al seminarista: «Veo que está arrepentido de lo que hizo».

Acabada la guerra, el antiguo jefe militar fue conducido de nuevo a Menorca, donde había sido alejado ya durante la contienda por los de su propio bando, y fue sometido a juicio y condenado a muerte. Antes de la ejecución se le ofreció asistencia espiritual que él aceptó de buen grado. Felizmente contamos con el testimonio fidedigno del sacerdote que le asistió, el Sr. Coll Pelegrí que después sería durante muchos años párroco de Ferreries, cuya declaración dice así: «El brigada Pedro Marqués Barber, después de haber escuchado la sentencia de muerte, no se recataba de decir que merecía la muerte por el crimen que había cometido matando a un sacerdote de Ferrerías, añadiendo que hubiera podido escapar a la justicia, huyendo al extranjero, pero que no la había querido hacer por sentir la necesidad de expiar con su muerte el crimen perpetrado, y que el remordimiento de este crimen le había acompañado desde el momento que lo cometió hasta aquellos sus últimos momentos. Al ofrecerle, a mi presencia, el juez la ayuda de un sacerdote, el mismo Marqués se adelantó manifestando su satisfacción por poder recibir los auxilios espirituales; prestados estos, pidió un espacio de tiempo para escribir a sus familiares, lo que hizo con pulso firme y serenidad admirables. Después oyó la Santa Misa, en la cual comulgó devotamente, y, terminado el Santo Sacrificio, al quitarme los ornamentos sagrados, se adelantó hacia el altar, me abrazó efusivamente, mientras decía a los circunstantes: Abrazo a este sacerdote como un acto de reparación por el crimen que cometí matando a aquel otro sacerdote en Ferrerías. Después marchó sereno al lugar de la ejecución, continuando así hasta el último momento».

En la prensa local se publicaron dichas cartas a su familia, aunque no se conoce dónde paran los originales. Manifiesta su arrepentimiento y pide perdón por sus pasados errores, a la vez que les da buenos consejos indicándoles que sean buenos cristianos y

tengan devoción a la Virgen María. Parece que él de pequeño había recibido educación religiosa, que luego desgraciadamente había echado en olvido.

Estos acontecimientos de martirio y de conversión de los verdugos se han repetido en no pocas ocasiones. De algún modo vemos reflejado este triunfo de los mártires y confesores de la fe, en el texto de la Carta a los Hebreos que dice: «Por la fe sometieron reinos, hicieron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca a los leones, apagaron la violencia del fuego» (*Hb* 11,33). Podemos también recordar el caso, que tiene cierta analogía, de la muerte de san Esteban y la conversión de Saulo (*Hch* 7,58-60), así como la constatación esperanzadora, hecha por el beato Juan Pablo II, acerca de que «Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires» (*Tertio millennio adveniente*, 37).

### **Proclamación del martirio por la voz de la Iglesia**

La muerte de Juan Huguet, debido a las circunstancias del hecho y a las características de su vida y espiritualidad, desde un principio fue considerada por los fieles como un caso muy diáfano y ejemplar, y no dudaban de que el joven sacerdote sin dificultad podría ser reconocido como mártir por la fe. También se mostraba muy convencido de ello el obispo diocesano don Bartolomé Pascual, el cual después de nombrar el tribunal y los cargos correspondientes, dio inicio al proceso diocesano de beatificación. El primer acto solemne del proceso tuvo lugar el 11 de mayo de 1953 en la capilla del Palacio Episcopal, asintiendo los padres del Siervo de Dios, los sacerdotes, los seminaristas y otras personas invitadas, especialmente miembros de Acción Católica.

El 24 de mayo de 1958 tuvo lugar en Roma la apertura del proceso por parte de la Sagrada Congregación correspondiente. Habiéndose interrumpido, durante el pontificado del Siervo de Dios Pablo VI, la continuación de todos los procesos de mártires de la persecución religiosa en España, el proceso de Juan Huguet fue reabierto a petición del obispo de Menorca F. Xavier Ciuraneta. El 14 de febrero de 1997. La Sagrada Congregación para las Causas de los Santos dio validez al proceso instruido anteriormente en Menorca, añadiéndose una investigación complementaria a petición de la misma Congregación. La *Positio super martirio* fue entregada el 2 de julio de 1998 y el 15 de julio del mismo año fue nombrada la Doctora. Silvia Mónica Correale para el cargo de Postuladora de la Causa.

Un acontecimiento muy relevante fue el traslado de los restos del Siervo de Dios desde el cementerio de Ferreries a la iglesia parroquial de San Bartolomé del mismo pueblo. Esta traslación se hizo con la aprobación y según las normas dadas por la misma Sagrada Congregación. El acto solemne del traslado y colocación de los restos en una capilla de dicha iglesia tuvo lugar el 26 de noviembre, fiesta de Cristo Rey, dentro del Gran Jubileo del año 2000.

La celebración en esta fecha tan señalada se hizo por disposición del obispo don Jesús Murgui, Administrador Apostólico de Menorca, el cual presidió la celebración de la Eucaristía, el traslado y el sepelio de los restos del Siervo de Dios, con gran asistencia del clero y fieles de toda la diócesis, que desbordaron la capacidad del templo, destacando la presencia de los tres hermanos del mártir con otros muchos familiares suyos. El nuevo sarcófago fue tallado en piedra por el artesano local Juan Coll y dentro del él se colocó la arqueta de madera que contiene los restos de Siervo de Dios.

Los pasos más importantes, previos a la beatificación del mártir Juan Huguet, en la Congregación para las Causas de los Santos, han sido: el Congreso de Teólogos, el 16

de abril de 2010, la Congregación Ordinaria de Cardenales, el 17 de abril de 2012 y el Decreto de Martirio firmado por Benedicto XVI el 10 de mayo de 2012. Nos parece significativo que este paso definitivo para la beatificación de este sacerdote, uno de los mártires más jóvenes de nuestra nación española coincidiera con la fiesta de San Juan de Ávila, patrón del clero diocesano de España.

### Nota bibliográfica

«Las víctimas sacerdotales», separata del *Boletín Oficial del Obispado de Menorca* (1942) pp. 198-251.

CARDENAL ÁNGELO AMATO, «El martirio es la brújula que rige la navegación de la nave de Cristo en la Historia» (resumen de la conferencia impartida por el Cardenal Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos en Zaragoza el 3 de mayo de 2012), *Hispania Martyr*, boletín núm. 61 (octubre de 2012) pp. 6-9.

PONS PONS, GUILLERMO, *Bebieron el cáliz del Señor. Sacerdotes de Menorca inmolados por la fe (1936)* BAC biografías 7, Madrid 2000.

PONS PONS, GUILLERMO, *Juan Huguet Cardona. Una vida entregada a Dios*, BAC Popular 130, Madrid 1997.

*ÍNDICE*

**La Iglesia de Menorca a principios del siglo XX**

**Familia e infancia de Juan Huguet**

**En el Seminario**

**Peregrinación a Roma en 1929**

**Piedad y cultivo de las virtudes**

**Ansias de apostolado**

**Espiritualidad martirial**

**Un sendero espiritual de admirable fidelidad**

**Horizontes de espiritualidad**

**La Virgen María y San José**

**Por el Reino de Cristo**

**Se prevé una gran tribulación**

**Ordenación sacerdotal**

**Primera Misa**

**Postrera consagración a Cristo**

**Gloriosa muerte por Cristo**

**En la paz de Cristo**

**La conversión de Pedro Marqués**

**Proclamación del martirio por la voz de la Iglesia**

**Nota bibliográfica**